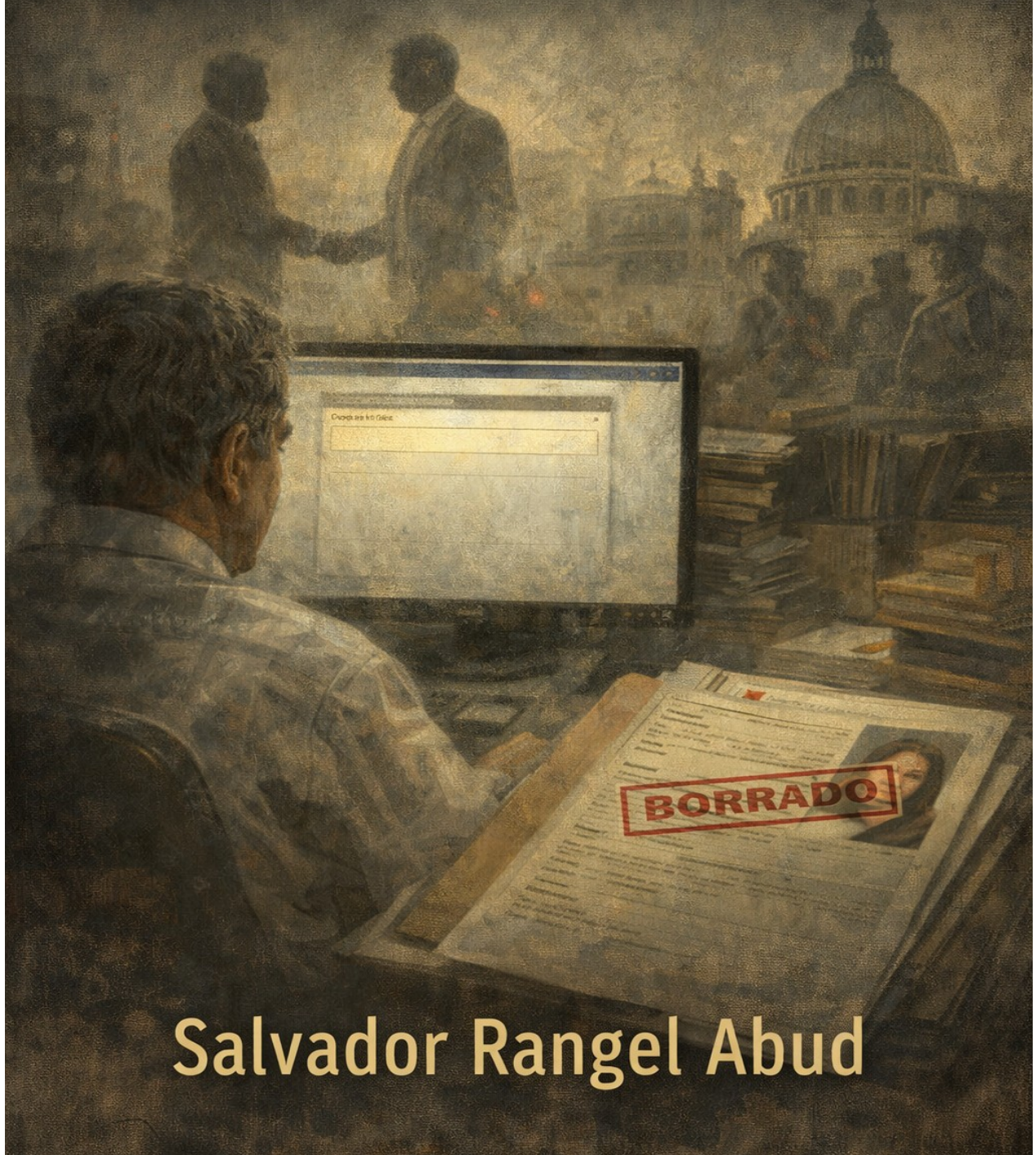


BORRADA



Salvador Rangel Abud

BORRADA

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Onésimo Ortega y Mondragón, conocido por todos como Orteguita, es un estadígrafo de mediana edad que lleva veinticinco años registrando personas desaparecidas en la Comisión Nacional de Búsqueda. Invisible para el mundo, meticuloso hasta la obsesión, es el hombre al que nadie mira y al que todos recurren por conveniencia. Un día recibe el reporte de Julia de los Santos Olea, una joven de veinticuatro años desaparecida en San Miguel de Allende. Días después, su jefe le ordena borrar el registro sin explicación. Orteguita no lo borra.

Lo que sigue es una investigación no oficial que lo lleva, junto al detective privado José Manuel Curiel Henestrosa, a descubrir que Julia no solo fue desaparecida: fue borrada de todos los sistemas del país, convertida en alguien que nunca existió. Detrás de ese borrado hay una conversación grabada por accidente en un call center de campaña, un candidato a presidir la Cámara de Diputados con vínculos con el Cártel de Tepito, y una orden que bajó desde la Secretaría de Gobernación. Lo que Orteguita y Curiel encuentran es demasiado grande para ser publicado y demasiado peligroso para ser ignorado. Lo que hacen con ello es la novela.

Borrada es un thriller político de factura rigurosa, ambientado en la México contemporánea donde la desaparición forzada convive con el discurso oficial de su inexistencia, y donde la única resistencia posible es la de los hombres invisibles que deciden, sin saber exactamente por qué, que un nombre no puede ser borrado mientras ellos sigan mirando la pantalla.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias a desaparición forzada, muerte violenta, corrupción institucional, vínculos entre el poder político y el crimen organizado, y encubrimiento gubernamental. Aunque los personajes y situaciones son ficticios, el contexto institucional y las cifras de personas desaparecidas en México que se mencionan en el prólogo corresponden a la realidad documentada del país. La lectura puede resultar perturbadora para personas con experiencia personal relacionada con desapariciones o violencia institucional.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Autor de más de cien novelas publicadas, ha desarrollado a lo largo de su carrera literaria una obra que abarca el thriller político, la novela histórica, la ficción contrafactual y la narrativa didáctica. Su escritura

se caracteriza por la precisión documental, la construcción de personajes de una humanidad cotidiana y profunda, y una mirada lúcida sobre las contradicciones de la sociedad mexicana contemporánea. Reside en Xalapa, Veracruz.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: *Borrada*

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller político / Novela de misterio y suspense

Extensión: 12 capítulos + prólogo + epílogo

Ambientación: Ciudad de México / San Miguel de Allende, Guanajuato / México contemporáneo

Idioma: Español

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Borrada nació de una pregunta simple y perturbadora: ¿qué sucede cuando alguien dentro del propio sistema decide que una persona desaparecida merece ser buscada, aunque el sistema haya decidido que no existe? La respuesta que encontré no es tranquilizadora, pero tampoco es desesperanzadora. Es, simplemente, la respuesta mexicana: el poder gana casi siempre, pero no siempre del todo. Y en ese espacio que el poder no logra ocupar completamente viven los personajes como Orteguita, que son más numerosos de lo que el poder calcula y más resistentes de lo que el poder desearía.

Quiero dejar constancia de que los más de setenta mil cadáveres sin identificar en los Servicios Médicos Forenses del país no son una cifra literaria. Son personas reales que tuvieron nombre, historia y alguien que los esperó. Esta novela está dedicada a ellas, y a quienes no han dejado de buscarlas.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND 4.0. Se permite la reproducción y distribución no comercial con atribución al autor, sin obras derivadas.

PALABRAS CLAVE

Desaparición forzada, México, thriller político, corrupción institucional, crimen organizado, Comisión Nacional de Búsqueda, impunidad, resistencia civil, burocracia, invisibilidad social, poder y ética.

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora la arquitectura institucional de la impunidad en México y su mecanismo central: la negación de la existencia como forma de eliminar la responsabilidad. Examina la invisibilidad social como condición paradójica que puede convertirse en ventaja para quien decide resistir desde los márgenes del sistema. Aborda la tensión entre la ética individual y la supervivencia institucional, y la pregunta de si es posible hacer algo significativo dentro de un sistema que ha sido diseñado para neutralizar la disidencia. Plantea también, sin resolverla, la pregunta sobre el valor de la resistencia cuando sus resultados son parciales e imperfectos: si la justicia incompleta vale más que la impunidad completa, o si son formas distintas del mismo fracaso.

CITAS DESTACADAS

"Nadie ordena borrar algo que no existe."

"Borrar a la persona desaparecida en lugar de buscarla. Eliminar el problema desde su raíz documental. Si no hay registro, no hay caso. Si no hay caso, no hay investigación. Si no hay investigación, no hay hallazgo. Si no hay hallazgo, no hay responsable."

"El error más viejo del poder es subestimar a los invisibles. Porque los invisibles ven todo."

"Caso en seguimiento. Sin resolución."

COMPARACIONES LITERARIAS

Borrada dialoga con la tradición del thriller político latinoamericano en la línea de Arturo Pérez-Reverte en sus novelas de denuncia institucional, con la precisión psicológica de Patricia Highsmith en la construcción de protagonistas que operan en los márgenes de lo visible, y con el rigor de John le Carré en el retrato de las instituciones como organismos que tienen sus propias lógicas de supervivencia, independientes de cualquier principio ético. En el contexto de la narrativa mexicana contemporánea, la novela se inscribe en la línea de las obras que abordan la violencia institucional y la desaparición forzada no como temas de denuncia panfletaria sino como materiales narrativos de plena vigencia literaria.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿En qué momento decide Orteguita que algo vale más que su comodidad, y qué lo lleva a esa decisión sin que él mismo pueda explicarla del todo?

¿Qué diferencia hay entre el caso de Julia y el de Sergio, el hermano de Orteguita, y qué dice esa diferencia sobre los distintos mecanismos de la invisibilidad en México?

¿Es el desenlace de la novela una victoria, una derrota o algo que no cabe en ninguno de los dos términos? ¿Por qué?

¿Puede considerarse que Orteguita y Curiel hicieron justicia, o simplemente lograron sobrevivir a un sistema que no está diseñado para que la justicia ocurra?

¿Qué papel cumple la invisibilidad social de Orteguita en la novela: es su mayor vulnerabilidad o su mayor fortaleza?

¿Qué significa que el único registro donde Julia sigue existiendo sea el folio de la Comisión Nacional de Búsqueda marcado como caso sin resolución?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA (7.ª edición) Rangel Abud, S. (2026). *Borrada*. Publicación independiente.

Chicago (17.ª edición) Rangel Abud, Salvador. *Borrada*. Publicación independiente, 2026.

MLA (9.ª edición) Rangel Abud, Salvador. *Borrada*. Publicación independiente, 2026.

Harvard Rangel Abud, S. (2026) *Borrada*. Publicación independiente.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas, entre las que se encuentran obras de thriller político, novela histórica, ficción contrafactual y narrativa didáctica. Entre sus proyectos activos se encuentran *El sonido de lo que nadie oyó*, *La sangre del norte*, *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón* y *La república que pudo haberse sembrado*, entre otras.

MENSAJE FINAL

En México desaparece una persona cada hora. Cada hora, en algún cubículo de alguna dependencia federal, alguien recibe un reporte y tiene que decidir si lo registra con cuidado o si mira hacia otro lado. Esta novela está escrita para los que no miran hacia otro lado. Y para recordarle a los demás que esa decisión, pequeña y silenciosa como es, importa más de lo que el poder quisiera que creyéramos.

ÍNDICE

Prólogo:	<i>El país donde los muertos no tienen nombre</i>
Capítulo 1:	<i>El folio que no debía existir</i>
Capítulo 2: <i>desaparición</i>	<i>Los fantasmas no denuncian su propia</i>
Capítulo 3: <i>documentos</i>	<i>Una criminóloga en el desierto de los</i>
Capítulo 4:	<i>Curiel y el número 12 de la calle Artemisa</i>
Capítulo 5:	<i>El atropellamiento que nadie investigó</i>
Capítulo 6:	<i>El hombre de la esquina que sí la conoció</i>
Capítulo 7:	<i>El candidato y sus sombras</i>
Capítulo 8:	<i>El coordinador que también dejó de existir</i>
Capítulo 9:	<i>El drive y la voz que no debió grabarse</i>
Capítulo 10:	<i>Cuando el poder te encuentra</i>
Capítulo 11:	<i>El escudo invisible</i>

Capítulo 12: *El chivo expiatorio y el precio de la impunidad*
Epílogo: *El poder gana. El poder pierde. El poder continúa.*

BORRADA

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El país donde los muertos no tienen nombre

Hay una frase que el poder mexicano repite con la solemnidad de quien enuncia una verdad histórica: *la desaparición forzada es un fenómeno del pasado*. La dicen funcionarios en conferencias de prensa, la respaldan con estadísticas cuidadosamente seleccionadas, la adornan con el lenguaje de la transformación y la justicia recuperada.

La repiten con tanta convicción que quienes la escuchan podrían llegar a creerla, si no fuera porque a pocos kilómetros de donde se pronuncia, en los Servicios Médicos Forenses del país, hay más de setenta mil cadáveres sin identificar acumulados en instalaciones que no fueron diseñadas para guardar tanto silencio.

Setenta mil cuerpos. Setenta mil personas que tuvieron un nombre, una voz, una historia, alguien que las esperó alguna noche y dejó de esperarlas para siempre. Setenta mil expedientes sin resolver en un país que declara haber resuelto el problema.

La contradicción no es nueva. México lleva muchos años perfeccionando el arte de la negación institucional: la capacidad de afirmar una cosa mientras los hechos demuestran la contraria, y de hacerlo con tal aplomo burocrático

que la contradicción misma se vuelve invisible. Los SEMEFOS saturados no aparecen en las conferencias matutinas.

Las fosas comunes administrativas —esas donde los cuerpos se numeran porque ya no hay espacio para nombrarlos— no forman parte del discurso oficial sobre seguridad y paz. Las familias que hacen fila con fotografías en la mano, mostrando a sus muertos a funcionarios que nunca los vieron, no caben en la narrativa del país que avanza.

Lo que sí cabe en esa narrativa es la cifra conveniente, el dato que muestra tendencia favorable, el informe que compara el presente con el peor momento del pasado para concluir que las cosas mejoran.

Pero setenta mil cuerpos sin nombre no mejoran.

Permanecen.

Se acumulan.

Esperan en bolsas de plástico numeradas a que alguien tenga tiempo, voluntad y presupuesto para cruzar una muestra de ADN con una base de datos que tampoco está completa, porque completarla requeriría admitir primero la magnitud de lo que hay que completar.

La Comisión Nacional de Búsqueda existe desde 2017 como respuesta institucional a una crisis que el propio Estado reconoció, aunque a medias, como producto de su propia incapacidad y, en muchos casos, de su propia participación. Su creación fue un avance real en el papel: un organismo especializado, con protocolos definidos, con base de datos propia, con mandato de coordinar a las fiscalías estatales y federales en la localización de personas desaparecidas.

En la práctica, como ocurre con tantas instituciones mexicanas, la distancia entre el papel y la realidad la miden los expedientes archivados antes de tiempo, los folios que desaparecen de los sistemas sin explicación, y las familias que después de años de espera reciben como respuesta el silencio administrativo más absoluto.

Porque la desaparición forzada en México no es solo un crimen. Es una industria. Tiene operadores, tiene cadenas de mando, tiene protocolos no escritos que todos conocen y nadie firma. Tiene también su propia burocracia de la negación: los expedientes que se cierran antes de abrirse, las órdenes que bajan desde arriba sin dejar rastro de papel, los funcionarios que aprenden a no preguntar porque preguntar tiene costos que su salario no cubre, y los testigos que aprenden a no ver porque ver también tiene costos que ningún salario cubre.

El sistema funciona porque nadie, en ningún eslabón de la cadena, ve el cuadro completo. El policía que recibe la denuncia no sabe lo que hará con ella la fiscalía. El funcionario que borra un registro no sabe quién lo ordenó ni por qué. El vecino que cierra la puerta no sabe de qué lo están protegiendo cuando no habla. La sirvienta que limpia una casa vacía no sabe a quién le pertenece el silencio que limpia.

Cada uno hace su parte pequeña y miope, y el resultado es una arquitectura de impunidad que no requiere conspiradores reunidos en una habitación oscura, sino solo la suma de miles de pequeñas cobardías cotidianas, multiplicadas por décadas, sedimentadas en una cultura institucional donde lo más peligroso no es cometer el crimen sino ser el primero en nombrarlo.

Esa cultura tiene nombre aunque nadie lo diga en voz alta: la cultura de la omisión conveniente. La que enseña a los servidores públicos que su función no es servir al ciudadano sino sobrevivir al sistema. La que premia la lealtad hacia arriba y castiga la integridad hacia abajo.

La que convierte a hombres y mujeres formados en las universidades públicas del país, con vocación genuina de servicio en muchos casos, en engranajes silenciosos de una maquinaria que produce impunidad con la misma eficiencia industrial con que otros países producen justicia.

Y sin embargo. El sistema tiene una falla que ningún diseñador de impunidades ha logrado eliminar completamente: los seres humanos. No todos, ni siquiera la mayoría, pero algunos. Hombres y mujeres que en algún momento, por razones que ellos mismos no siempre saben explicar, deciden que algo vale más que su comodidad.

Que una anomalía en un sistema de folios merece más atención que la que nadie le está prestando. Que una mujer de 24 años que desapareció sin dejar rastro documental de haber existido alguna vez no puede simplemente dejar de ser un problema porque alguien lo ordenó desde arriba.

No son héroes. No tienen capa ni pistola ni el rostro esculpido de quien está destinado a cambiar las cosas. Son, la mayoría de las veces, personas a quienes nadie mira. Personas que llevan años siendo invisibles en los márgenes del sistema, acumulando una experiencia silenciosa que nadie valoró hasta que se volvió imprescindible.

Personas que conocen los mecanismos de la maquinaria desde dentro, no porque ocupen posiciones de poder, sino precisamente porque no las ocupan: porque están lo suficientemente abajo para ver cómo funciona todo sin que nadie les oculte nada, convencidos de que no importan lo suficiente como para merecer una mentira elaborada.

Esa invisibilidad, que toda su vida fue su condición más humillante, se convierte de pronto en su único escudo.

México tiene miles de Julias: mujeres y hombres que desaparecieron sin que el sistema se tomara la molestia de buscarlos con la misma energía que invirtió en hacer que nunca hubieran existido. México tiene también, aunque menos, sus Orteguitas: personas que un día miraron una pantalla, vieron un nombre que alguien quería borrar, y decidieron —sin saber exactamente por qué, sin medir bien las consecuencias— que ese nombre merecía permanecer.

Esta es la historia de uno de ellos.

CAPÍTULO 1

El folio que no debía existir

El cubículo de Onésimo Ortega y Mondragón medía dos metros con cuarenta centímetros de ancho y tres metros justos de fondo. Lo sabía porque en algún momento de su segundo año en la Comisión Nacional de Búsqueda lo había medido, no por ninguna razón práctica sino porque medir cosas era una forma de conocerlas, y conocer las cosas era lo que hacía Orteguita con el mundo desde que tenía memoria.

El escritorio ocupaba el fondo, perpendicular a la pared. A la izquierda, un archivero metálico de cuatro cajones cuya cerradura del tercero llevaba rota desde antes de que él llegara. A la derecha, una silla adicional donde nadie se sentaba nunca porque nadie venía a visitarlo, aunque sí servía ocasionalmente de depósito provisional para los expedientes que esperaban turno. En el escritorio, además de la computadora y el teclado, había un termo gris de medio litro, una caja de pañuelos desechables, y una pequeña planta de cactus que no requería de mayor atención y que por eso llevaba ocho años sobreviviéndolo a él.

Era un lunes de finales de junio cuando llegó el reporte.

No había nada que lo distinguiera de los otros cientos de reportes que Onésimo procesaba cada mes. Llegó a través del sistema interno a las diez y veintitrés minutos de la mañana, generado por el Ministerio Público de San Miguel de Allende tras haber transcurrido las setenta y dos horas reglamentarias desde la denuncia original.

El protocolo era siempre el mismo: la autoridad local recibía la denuncia, esperaba el plazo establecido por si la persona aparecía por sus propios medios, y si no aparecía, transmitía el expediente a la Comisión Nacional de Búsqueda para su registro formal e inicio de las diligencias correspondientes. Orteguita recibía esos expedientes, los verificaba, los capturaba en el sistema y les asignaba el folio institucional que los convertía oficialmente en casos activos.

Leyó los datos con la misma atención metódica que aplicaba a todos: Julia de los Santos Olea, 24 años, soltera, originaria del Distrito Federal con residencia en San Miguel de Allende desde hacía aproximadamente dos años. Desaparecida el 27 de junio. Denuncia presentada por su madre, Amada Olea García, el día 30 del mismo mes a las diez y media de la mañana en las instalaciones del Ministerio Público local. Descripción física: un metro sesenta y tres, complexión delgada, cabello negro hasta los hombros, ojos cafés, sin señas particulares visibles. Fotografía adjunta: una imagen tomada aparentemente en alguna celebración, con luz artificial, donde una mujer joven sonreía hacia la cámara con la expresión de quien no sabe que esa será la fotografía con la que su madre la busque.

Orteguita registró el caso con su acostumbrada precisión.

Verificó que todos los campos obligatorios estuvieran completos, que la fotografía tuviera resolución suficiente, que los datos del denunciante coincidieran con los del expediente del MP. Asignó el folio: CNB-2026-

00012345. Activó el protocolo de notificación a las áreas correspondientes. Guardó el registro. Todo en diecisiete minutos, que era su promedio habitual para un expediente sin complicaciones.

Luego pasó al siguiente.

No pensó más en Julia de los Santos Olea ese día. Ni al día siguiente. Era uno más entre los que llegaban cada semana, cada mes, cada año, acumulándose en el sistema con la constancia sombría de un país que produce desapariciones con mayor regularidad de la que produce soluciones.

En veinticinco años de trabajo —primero en el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, en el área del Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas o Desaparecidas, después en la CNB desde su creación en 2017— Onésimo había procesado miles de expedientes. Tenía la capacidad, que solo da el tiempo y una cierta forma de protegerse, de mantener la distancia profesional necesaria para hacer bien el trabajo sin que cada caso lo deshiciera por dentro.

Aunque no siempre lo lograba del todo.

Había casos que se le quedaban pegados sin que pudiera explicar exactamente por qué. No siempre los más dramáticos, no necesariamente los que involucraban circunstancias más violentas o familias más desesperadas. A veces era algo más difuso: una fotografía que le recordaba a alguien, un nombre que resonaba de cierta manera, una fecha que coincidía con algo que prefería no recordar. En esos casos hacía lo que podía: seguía trabajando, seguía midiendo, seguía ordenando los expedientes en el archivero cuyo tercer cajón llevaba roto desde siempre.

Había un expediente en particular que nunca había entrado al sistema. No porque no debiera estar, sino porque nunca existió como tal. El de su hermano Sergio no fue un caso que alguien registrara con la diligencia que Onésimo aplicaba a los suyos: apareció tarde, incompleto, con los datos mínimos que la policía de Xochimilco consideró suficientes para una nota en una carpeta que nadie volvió a abrir.

Cuerpo masculino, 20 años aproximados, hallado en un tiradero clandestino con huellas de violencia. Identidad confirmada días después por el propio Onésimo, que fue quien tuvo que ir a reconocerlo porque no había nadie más. Sus padres habían muerto dos años antes en el accidente aéreo del Learjet que se desplomó sobre Insurgentes el 4 de noviembre de 2008, llevándose consigo al secretario de Gobernación Juan Camilo Mouriño y a dieciséis civiles que simplemente estaban en el lugar equivocado, entre ellos los señores Ortega, que regresaban a casa después de una visita a unos parientes en Polanco y cruzaron esa esquina en el momento en que el cielo se les vino encima.

Sergio nunca se repuso de eso. La depresión llegó primero, silenciosa y total, y después llegaron las otras cosas que llegan cuando un hombre joven y solo no encuentra otra salida que adormecer lo que no puede sanar. Onésimo lo acompañó como pudo, que no fue suficiente, porque nunca es suficiente

cuando el otro ha decidido irse por un camino que no admite compañía. Y un día Sergio desapareció, y dos semanas después lo encontraron en Xochimilco, y el caso quedó archivado sin resolución porque no había evidencias que orientaran la investigación y porque un joven sin familia y con antecedentes de consumo no era, en la jerarquía tácita de las prioridades policiales, un caso que valiera el esfuerzo.

Desde entonces Onésimo hacía su trabajo con una capa adicional de significado que nunca le explicó a nadie. Cada folio que asignaba era también, de alguna manera, el folio que nadie le asignó a Sergio. Cada registro que capturaba con precisión era una pequeña reparación simbólica de lo que el sistema le había negado a su hermano.

No se lo decía así a sí mismo en términos tan explícitos, porque Onésimo no era dado a los discursos interiores grandilocuentes. Pero lo sentía, con esa certeza sorda que se instala en el cuerpo más que en la cabeza y que orienta las decisiones sin pedir permiso.

La llamada de su jefe llegó cinco días después del registro.

El Lic. Toribio Fuentes Macías ocupaba una oficina con ventana al pasillo en el tercer piso del edificio, lo que en la jerarquía implícita de aquellas instalaciones equivalía a una posición de autoridad media: suficiente para tener puerta propia, insuficiente para tener vista al exterior. Era un hombre de cincuenta y tantos años, entrado en carnes, con el cabello entrecano peinado hacia atrás con una fijación que nunca variaba, y una manera de hablar que combinaba la cordialidad de quien aprendió a ser amable por conveniencia con la sequedad de quien lleva demasiados años administrando compromisos incómodos. Con Orteguita siempre había sido correcto. No afectuoso, pero correcto.

—Orteguita, siéntate.

Se sentó. El Lic. Fuentes no lo miró de inmediato. Tuvo los ojos en la pantalla de su computadora unos segundos más de los necesarios, como quien busca el tono adecuado para decir algo que no tiene tono adecuado.

—El folio CNB-2026-00012345. La muchacha de San Miguel.

—Julia de los Santos Olea —dijo Orteguita.

—Ese. Necesito que lo retires del sistema.

Hubo una pausa breve. Orteguita conocía el procedimiento de baja de un registro mejor que nadie en esa oficina: se ejecutaba cuando la persona era localizada, cuando se confirmaba su fallecimiento y el expediente pasaba a otra instancia, o cuando existía un error de captura debidamente documentado. En ninguno de esos supuestos cabía una orden verbal sin sustento.

—¿Fue localizada? —preguntó, porque era la pregunta que correspondía.

—No importa. Retíralo.

—Es que el protocolo establece que para dar de baja un registro activo se necesita —

—Orteguita. —El tono del Lic. Fuentes cambió de registro de una manera que Onésimo no le había escuchado nunca: no fue agresivo, pero tampoco dejó espacio para continuar. Fue el tono de alguien que está diciendo algo que preferiría no decir y que por eso mismo no puede extenderse en explicaciones —. Retira el registro. No te metas en asuntos que no te conciernen. ¿Está claro?

—Sí, licenciado.

Salió de la oficina con esa claridad superficial que se da cuando alguien responde que sí a algo que no entiende. Caminó de regreso a su cubículo por el pasillo del tercer piso, bajó las escaleras porque el elevador tardaba, cruzó el vestíbulo del segundo piso donde había una cafetera que producía un café apenas tolerable, y llegó a su escritorio. Se sentó. Puso las manos sobre el teclado.

El cursor parpadeaba sobre el campo de búsqueda del sistema.

Escribió el folio: CNB-2026-00012345. El registro apareció intacto, con todos sus campos completos, con la fotografía de Julia sonriendo en esa fiesta que ya era otra vida. Orteguita lo miró durante un momento que fue más largo de lo que habría podido explicar.

No borró el registro.

No supo en ese instante exactamente por qué no lo hizo. Podría decirse que fue el protocolo, la deformación profesional de veinticinco años de rigor estadístico que se resiste a borrar lo que no debe borrarse. Podría decirse que fue la desconfianza ante una orden sin fundamento, la incomodidad de alguien que lleva décadas siendo el garante silencioso de la integridad de los datos y que no puede simplemente abandonar ese principio por una instrucción verbal. Podría decirse también, aunque esto era más difícil de admitir, que había algo en la fotografía de Julia de los Santos Olea que no le permitía mover el cursor hasta el botón de eliminar.

Algo en esa sonrisa que no sabía que sería la última.

Minimizó la ventana y abrió el siguiente expediente en la cola de trabajo. Lo procesó. Procesó el siguiente. Y el que seguía. Siguió con su tarde como si la conversación con el Lic. Fuentes fuera un asunto ya archivado, porque esa era su forma de manejar las cosas que necesitaban tiempo para sedimentarse antes de poder pensarlas con claridad: ponerlas provisionalmente en el tercer cajón del archivero interior, el que también tenía la cerradura rota y que por eso nunca se cerraba del todo.

Pero antes de que terminara la jornada, sin que nadie se lo hubiera pedido y sin que él mismo supiera todavía adónde lo llevaría ese gesto pequeño e irreversible, abrió una ventana nueva en el navegador, entró a su correo institucional y buscó en la libreta de direcciones el contacto del Ministerio Público de San Miguel de Allende.

Tenía ahí a un funcionario de nombre Rodrigo Palafox Guerrero con quien había cruzado comunicaciones en tres o cuatro casos anteriores, un hombre de trato profesional y respuestas puntuales que nunca preguntaba más de lo necesario ni menos de lo pertinente.

Redactó el mensaje con cuidado, eligiendo cada palabra con la conciencia de que los correos institucionales dejan rastro y de que lo que escribía podía leerse de maneras distintas dependiendo de quién lo leyera. Lo formuló como una consulta de rutina: seguimiento de expediente recibido, verificación de datos para completar el registro, solicitud de información adicional sobre las circunstancias de la denuncia. Nada que no pudiera justificarse como parte del procedimiento estándar. Nada que delatara la instrucción recibida ni la decisión de ignorarla.

Le dio enviar a las seis y cuatro minutos de la tarde, dos minutos antes de apagar la computadora.

Recogió el termo, revisó que el cactus no necesitara agua —nunca la necesitaba, era lo mejor del cactus—, y salió del cubículo. Al pasar junto a la cafetera del segundo piso estuvo a punto de servirse un café para el camino, pero lo pensó mejor. Ya era tarde y el café malo a esa hora le quitaba el sueño, y esa noche tenía la sensación, todavía vaga e informe, de que iba a necesitar dormir bien.

Onésimo Ortega y Mondragón no sabía, mientras cruzaba el vestíbulo de salida con su termo bajo el brazo y su abrigo sobre el hombro, que acababa de tomar la decisión más importante de su vida. Y que, como suele ocurrir con las decisiones que de verdad importan, la había tomado sin darse cuenta.

CAPÍTULO 2

Los fantasmas no denuncian su propia desaparición

La respuesta de Rodrigo Palafox Guerrero llegó al día siguiente, a las once y diecisiete de la mañana, con la puntualidad que Orteguita ya le conocía. Era un mensaje breve, redactado con la economía de quien tiene más expedientes que tiempo, y decía lo que decía con una llaneza que no dejaba margen para la interpretación: en la base de datos del Ministerio Público de San Miguel de Allende no existía ningún reporte correspondiente al nombre de Julia de los Santos Olea. Ninguna denuncia por desaparición con esos datos había sido presentada en las instalaciones de esa dependencia en las fechas señaladas ni en ninguna otra fecha reciente.

Orteguita leyó el mensaje dos veces. Luego una tercera.

Abrió en paralelo el registro que él mismo había capturado cinco días antes. Ahí estaba, intacto, con todos sus campos completos: el folio, el nombre, la fecha de la denuncia, el número de oficio del MP remitente, la fotografía de Julia sonriendo. Todo en orden, todo consistente, todo procedente formalmente de la oficina de Palafox. Y sin embargo Palafox le decía que ese reporte no existía.

Había dos explicaciones posibles, y ninguna era tranquilizadora. La primera era que Palafox estuviera equivocado, que hubiera buscado mal o en la base incorrecta, lo cual era improbable dado que el hombre era metódico y llevaba años en esa función.

La segunda era que alguien hubiera borrado el reporte original del sistema del MP después de haberlo transmitido a la CNB, lo cual requería acceso, intención y una razón lo suficientemente importante como para justificar el riesgo de manipular registros oficiales.

Respondió al correo con la misma calma aparente con que lo había redactado el día anterior, proporcionando esta vez los datos específicos: el número de folio asignado por la CNB, la fecha exacta, la hora de recepción, el número de oficio con el que había llegado el expediente. Le pedía a Palafox que verificara nuevamente, con esos datos concretos, si existía algún registro de la transmisión.

La segunda respuesta de Palafox llegó antes del mediodía y fue más desconcertante que la primera. El folio que Orteguita le proporcionaba sí existía en los registros del MP, pero no correspondía a Julia de los Santos Olea sino a un ciudadano llamado Daniel Cervantes Alanís, hombre de 74 años que había sido reportado como extraviado por su familia en esa misma fecha, pero que apareció una semana después deambulando por los pasillos del mercado Ignacio Ramírez, confundido y sin recordar cómo había llegado hasta ahí, víctima de un episodio severo de la enfermedad de Alzheimer que padecía desde hacía tres años. Dado que el señor Cervantes había sido localizado antes de que transcurriera el plazo reglamentario, el caso nunca fue transmitido a la CNB.

Orteguita se recargó en el respaldo de su silla y miró el techo durante un momento.

Lo que tenía frente a él era una imposibilidad lógica de tres capas. Primera: él había recibido y capturado personalmente el reporte de Julia de los Santos Olea, con un folio que el sistema le había asignado automáticamente. Segunda: ese mismo folio correspondía, según el MP de San Miguel, a un caso completamente distinto que nunca había sido transmitido a la CNB. Tercera: su jefe le había ordenado borrar un registro cuya existencia, según la fuente que lo había generado, era inexistente.

Nadie ordena borrar algo que no existe.

Esa frase se instaló en su cabeza con la solidez de un axioma matemático. Podía discutirse mucho en esa oficina, podían cuestionarse procedimientos, podían existir errores de captura, inconsistencias de sistema, cruces de información entre bases de datos que no se sincronizaban correctamente.

Todo eso era posible y frecuente. Pero una orden de borrado específica, referida a un folio concreto y a una persona con nombre y apellidos, no se emite por error ni por descuido. Se emite porque alguien sabe que ese registro existe y necesita que deje de existir.

Antes de hacer nada más, decidió consultar internamente. Bajó al área de protocolos de búsqueda, que ocupaba una sala amplia en la planta baja donde trabajaban seis personas coordinando las acciones de localización de los casos activos.

Buscó a su compañera María Luisa Fernández Castañón, una mujer de cuarenta años con el pelo cortado muy corto y unos lentes de armazón roja que le daban un aire de eficiencia sin esfuerzo. María Luisa llevaba doce años en la Comisión y conocía el sistema de folios mejor que nadie, con la posible excepción del propio Orteguita.

Le preguntó, en tono de consulta técnica rutinaria, si podía verificar el estado del folio CNB-2026-00012345.

María Luisa tecleó sin dejar de hablar con él, con esa capacidad de hacer dos cosas a la vez que Orteguita siempre le había admirado.

—Ese folio no existe —dijo, sin inflexión particular, como quien reporta el clima.

—¿Cómo que no existe?

—La numeración va del 12344 al 12346. El 12345 no está asignado. —Levantó los ojos de la pantalla y lo miró con una expresión que mezclaba la indiferencia profesional con un atisbo de curiosidad—. No es tan raro, Onésimo. El algoritmo de asignación a veces se salta números. Pasa más de lo que crees, siempre y cuando no haya folios duplicados no tiene consecuencias prácticas. ¿Por qué lo buscas?

—Seguimiento de rutina —dijo Orteguita, y sonrió con la misma naturalidad con que llevaba veinticinco años siendo el hombre al que nadie prestaba demasiada atención.

Subió de regreso a su cubículo con paso normal, sin apresurarse, saludando a dos compañeros en el pasillo con la misma cordialidad de siempre. Se sentó. Abrió su correo. Buscó en la carpeta de enviados el mensaje automático de confirmación que el sistema generaba cada vez que se capturaba un registro nuevo, una notificación interna que llegaba al correo del capturista como constancia del folio asignado. Lo había recibido cinco días antes, a las diez y cuarenta y un minutos de la mañana, cuatro minutos después de completar la captura.

O debería haberlo recibido.

No estaba. La carpeta de enviados mostraba el mensaje que había mandado a Palafox la tarde anterior y, antes de ese, un intercambio con el área jurídica sobre un caso de Tamaulipas que no tenía nada que ver. El correo de confirmación del folio 12345 no existía. No en enviados, no en recibidos, no en eliminados. Alguien había entrado a su cuenta y lo había borrado, o alguien con acceso al servidor de correos había eliminado ese mensaje antes de que llegara a su bandeja.

Cualquiera de las dos opciones era perturbadora por razones distintas pero igualmente graves.

Orteguita cerró el correo. Abrió una hoja en blanco en el procesador de textos y empezó a escribir, en la letra pequeña y apretada que usaba cuando organizaba sus pensamientos antes de tomar una decisión, todo lo que sabía hasta ese momento: la fecha y hora de recepción del reporte, el contenido del expediente, la orden de borrado del Lic. Fuentes, la respuesta de Palafox, la inconsistencia del folio según María Luisa, la ausencia del correo de confirmación. Lo escribió con la precisión de un informe estadístico, sin adjetivos, sin interpretaciones, solo hechos y fechas y contradicciones objetivas.

Cuando terminó tenía once líneas. Once líneas que en su conjunto formaban un argumento imposible de refutar: algo había pasado con Julia de los Santos Olea, y ese algo era lo suficientemente importante para que alguien hubiera invertido recursos y accesos privilegiados en borrarlo de tres sistemas distintos simultáneamente.

Guardó el documento en una carpeta personal de su computadora, le puso una contraseña que no usaba para nada más, y lo copió también en una memoria USB que guardó en el bolsillo interior de su saco. Era un gesto de precaución que nunca antes había necesitado en veinticinco años de trabajo, y el hecho de que lo necesitara ahora le dijo algo que prefirió no formular demasiado explícitamente.

Lo que hizo a continuación fue buscar en su agenda el teléfono de la Lic. Samanta Bernal Soto. La había conocido cuatro años antes en un seminario sobre protocolos de búsqueda donde ella expuso durante cuarenta minutos sobre técnicas de rastreo en campo con una claridad y una autoridad que le habían resultado inmediatamente confiables. Desde entonces habían colaborado en media docena de casos, siempre con resultados que justificaban la confianza.

Samanta era criminóloga forense de formación y buscadora de personas por vocación, de esas que conocen la diferencia entre lo que el sistema puede hacer y lo que el sistema está dispuesto a hacer, y que han aprendido a moverse en ese espacio intermedio con una eficiencia que ningún manual contempla.

La llamó a su teléfono personal, no al institucional.

—Samanta, soy Onésimo. ¿Tienes un momento?

—Para ti siempre, Orteguita. ¿Qué pasó?

Le contó lo que tenía. No todo, no los detalles que implicaban a su jefe ni la orden de borrado, pero sí lo suficiente para que Samanta entendiera la naturaleza del problema: una persona reportada como desaparecida que no dejaba rastro en ningún sistema de los que normalmente registran la existencia de un ciudadano mexicano. Le dio el nombre, la edad, la descripción, la fecha de la denuncia. Le pidió que hiciera lo que sabía hacer: verificar si Julia de los Santos Olea existía en algún registro del país.

—¿Cuánto tiempo tienes? —preguntó Samanta.

—El que necesites.

—Dame unos días. Te llamo.

Colgó. Orteguita guardó el teléfono y miró la pantalla de su computadora, donde el procesador de textos todavía mostraba las once líneas de su resumen. Las releyó una vez más, luego cerró el documento sin guardarlo de nuevo, porque ya estaba guardado donde debía estar.

Eran las dos y cuarenta de la tarde. Faltaban más de tres horas para el fin de la jornada. Las pasó haciendo su trabajo con la misma meticulosidad de siempre, procesando los expedientes que esperaban en la cola, respondiendo los correos que requerían respuesta, revisando las actualizaciones de casos activos que llegaban desde las fiscalías estatales. Nadie que lo hubiera visto ese día habría notado ninguna diferencia en su comportamiento. Nadie lo notó.

Era, después de todo, Orteguita. El hombre al que nadie miraba.

Y esa tarde, por primera vez en mucho tiempo, eso le pareció una ventaja.

Lo que no pudo hacer esa tarde, ni esa noche mientras calentaba una sopa en su departamento de la colonia Guerrero y miraba sin ver las noticias en la televisión, fue dejar de pensar en la lógica de lo que había encontrado. Era una lógica perversa y perfecta a la vez: si Julia no existía en ningún sistema, si su denuncia había sido borrada del MP de origen y su folio había desaparecido de la CNB, y si además alguien había tenido el cuidado de eliminar el correo de confirmación de su propia bandeja, entonces Julia de los Santos Olea no era una persona desaparecida.

Era una persona que nunca había existido. Y una persona que nunca existió no puede ser buscada, no puede generar protocolos, no puede activar mecanismos institucionales, no puede obligar a nadie a hacer nada.

Era una solución elegante, en el sentido frío y matemático del término. Borrar a la persona desaparecida en lugar de buscarla. Eliminar el problema desde su raíz documental. Si no hay registro, no hay caso. Si no hay caso, no hay investigación. Si no hay investigación, no hay hallazgo. Si no hay hallazgo, no hay responsable.

Apagó la televisión antes del noticiero de las diez. No necesitaba más noticias esa noche. Tenía suficiente con las suyas.

Se lavó los dientes, revisó que la puerta estuviera con llave —cosa que hacía siempre, aunque esa noche lo hizo con una atención adicional que no se justificaba en ninguna amenaza concreta pero que su cuerpo consideró necesaria—, y se acostó. Tardó más de lo habitual en dormirse, cosa que tampoco era extraña dado el día que había tenido, y cuando por fin el sueño llegó no fue el sueño tranquilo de los que han hecho bien su trabajo y pueden descansar con la conciencia en orden.

Fue el sueño inquieto de alguien que sabe que mañana tendrá que seguir tirando de un hilo que no sabe adónde lleva, y que ha decidido, sin haberlo dicho en voz alta todavía, que lo va a jalar de todas formas.

CAPÍTULO 3

Una criminóloga en el desierto de los documentos

Samanta Bernal Soto llamó cuatro días después, un jueves por la tarde, cuando Orteguita estaba terminando de revisar un lote de actualizaciones que habían llegado desde la fiscalía de Veracruz. Lo hizo al teléfono personal, como él la había llamado a ella, lo cual era una señal en sí misma: Samanta entendía sin que nadie se lo explicara cuándo una conversación debía mantenerse fuera de los canales institucionales.

—Orteguita, tengo los resultados. ¿Puedes hablar?

—Dame un minuto.

Se levantó con el teléfono en la mano, salió del cubículo, cruzó el pasillo y bajó por las escaleras hasta la planta baja, donde había una pequeña terraza sin techo que los empleados usaban para fumar y que a esa hora estaba vacía. Se apoyó contra la barandilla metálica que daba a un estacionamiento interior.

—Cuéntame.

Samanta habló durante diez minutos con la precisión de quien ha hecho muchas veces este tipo de reporte y sabe que lo importante es dar los hechos en orden, sin interpretaciones prematuras que contaminen la escucha. Había rastreado a Julia de los Santos Olea en todos los registros donde una persona de 24 años deja inevitablemente su huella documental: el Registro Civil en sus modalidades federal y estatal, el Registro Nacional de Población para la verificación del CURP, el padrón electoral del INE, el registro de afiliación al IMSS e ISSSTE, la base de datos del SAT para contribuyentes, los registros de la Secretaría de Educación Pública para certificados y títulos, el sistema de pasaportes de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En ninguno de esos sistemas existía registro alguno de Julia de los Santos Olea.

No había acta de nacimiento en ninguna entidad de la república. No había CURP asignado. No había credencial de elector. No había número de seguridad social. No había RFC. No había certificado de educación básica ni media ni superior. No había pasaporte. No había, en la totalidad del aparato documental del Estado mexicano, ninguna prueba de que una mujer con ese nombre hubiera nacido, crecido, estudiado, trabajado o existido en algún punto de los últimos veinticuatro años.

—Es un fantasma, Onésimo —dijo Samanta, y aunque lo dijo con la sequedad profesional de quien constata un hecho y no de quien adorna una metáfora, la palabra cayó en la terraza con un peso que ninguna de las dos acepciones, la literal ni la figurada, lograba aligerar—. No existe. Nunca existió, según los registros. Y ya sabes lo que eso significa en términos prácticos: si no hay documentos, no hay persona. No hay caso. No hay nada que investigar.

—¿Revisaste también registros privados? ¿Bancarios, telefónicos?

—Los que pude sin una orden judicial, que son limitados. Pero los que consulté tampoco arrojaron nada. Sin CURP no puedes abrir una cuenta bancaria formal ni contratar una línea telefónica a tu nombre. Si Julia existió y operó en la economía formal, lo hizo con una identidad que no corresponde al nombre con el que fue denunciada su desaparición.

Orteguita procesó eso en silencio durante unos segundos.

—¿Y la madre? ¿Amada Olea García?

Hubo una pausa breve al otro lado de la línea, de esas que no son vacías sino llenas de algo que el interlocutor está decidiendo cómo decir.

—Eso es lo otro que te quería contar. Busqué también a la señora Olea García, que sí aparece en los registros sin ningún problema: acta de nacimiento en San Miguel de Allende, CURP, credencial de elector, todo en orden. Domicilio registrado en la calle Artemisa número 12, colonia Olimpo. Pero Onésimo... la señora Amada Olea García falleció hace aproximadamente un mes. Atropellamiento. El caso está archivado.

Orteguita no respondió de inmediato. En la terraza el aire de la tarde tenía esa temperatura ambigua del verano en la Ciudad de México, ni frío ni caliente, que generalmente le resultaba agradable y que esa tarde no sintió en absoluto.

—¿Cómo fue?

—Cruzando la calle cerca de su domicilio. Vehículo que no se detuvo, que según el reporte policial tenía placas de Estados Unidos y cristales polarizados. Ningún testigo útil. Caso cerrado por falta de evidencias, con una nota de probable imprudencia de la víctima. El expediente tiene menos de tres páginas, que para un atropellamiento con fuga es llamativamente poco.

—¿Cuánto tiempo después de la desaparición de Julia?

—La denuncia de desaparición fue el 30 de junio. El atropellamiento de la señora fue el 2 de agosto. Treinta y tres días después.

Treinta y tres días. Tiempo suficiente para que quien hubiera querido eliminar todos los vínculos con Julia tuviera la oportunidad de identificar a las personas que podían hablar, evaluar el riesgo que representaban, y tomar las decisiones correspondientes. No era un plazo que dijera nada por sí solo, pero en el contexto de todo lo demás no había manera de leerlo como una simple coincidencia sin hacerle violencia a la inteligencia.

—Samanta, gracias. De verdad.

—Orteguita. —La voz de ella cambió de registro, perdiendo la economía profesional para adquirir algo que en ella era infrecuente y por eso mismo más significativo: la preocupación directa—. ¿En qué estás metido?

—Todavía no lo sé con exactitud.

—Eso es lo que me preocupa. Porque lo que me pediste que buscara no es una consulta de rutina. Y la manera en que me lo pediste tampoco lo fue.

—Cuando sepa más te cuento.

—Cuando sepas más puede ser tarde para contarme. Ten cuidado.

Colgó. Orteguita se quedó en la terraza otros dos o tres minutos, mirando el estacionamiento sin ver los coches, dejando que todo lo que Samanta le había dicho se acomodara en el orden que necesitaba para ser pensado con claridad.

Lo que tenía ahora era una arquitectura de hechos que se sostenía sola sin necesidad de especulaciones: Julia de los Santos Olea había sido denunciada como desaparecida por su madre. Esa denuncia había llegado a la CNB y había sido registrada con un folio que después fue eliminado de todos los sistemas posibles. Julia no tenía existencia documental en ningún registro del Estado. Su madre, la única persona que había levantado la voz para decir que existía, había muerto atropellada cinco semanas después de presentar esa denuncia. El caso del atropellamiento estaba archivado con una diligencia sospechosamente escasa.

Y sobre todo eso, como una capa adicional que lo volvía todavía más opaco: su propio jefe le había ordenado borrar el registro con una urgencia y una falta de explicaciones que no correspondían a ninguna situación administrativa normal.

Subió de regreso a su cubículo. Sacó la memoria USB del bolsillo interior del saco, la conectó a la computadora, abrió el documento de las once líneas y agregó lo que Samanta le había dicho: la inexistencia documental total de Julia, la muerte de Amada Olea García, el intervalo de treinta y tres días, el expediente de tres páginas. Guardó. Desconectó la USB. La devolvió al bolsillo.

Luego hizo algo que no había hecho en veinticinco años de trabajo en esas instituciones: buscó en la agenda de su teléfono personal el número de José Manuel Curiel Henestrosa.

Curiel era detective privado con base en Guanajuato, ex agente judicial de la entonces PGR, y una de las pocas personas en el universo de Orteguita que combinaba la experiencia en investigación de campo con una independencia institucional que en este momento valía más que cualquier credencial oficial.

Se habían conocido tres años antes cuando Curiel necesitó información de la CNB para localizar a una mujer desaparecida en Irapuato, y desde entonces habían cruzado colaboraciones en cuatro o cinco casos, siempre con la discreción mutua de quienes entienden que los favores entre personas honestas en sistemas corruptos son una moneda que debe administrarse con cuidado.

Lo llamó al teléfono personal también.

—Curiel, soy Onésimo Ortega.

—Orteguita. Tiempo sin saber de ti. ¿Cómo estás?

—Bien. Oye, necesito pedirte un favor que no es pequeño.

—Los pequeños no me los pides tú. Dime.

Le explicó lo que necesitaba con la misma economía con que le había hablado a Samanta, pero esta vez incluyó más contexto: la orden de borrado, la instrucción de su jefe, la muerte de Doña Amada. No todo, todavía no todo, pero suficiente para que Curiel entendiera que no se trataba de una consulta académica sino de algo que tenía consecuencias reales para personas reales, al menos una de las cuales ya no estaba en condiciones de reclamarlas.

—Necesito que vayas a San Miguel —dijo Orteguita—. Que busques a la madre de Julia en el vecindario, que hables con quien quiera hablar, que averigües lo que puedas sobre la desaparición y sobre el atropellamiento. Yo no puedo ir, y aunque pudiera no sería lo más conveniente dado dónde trabajo.

Curiel guardó silencio unos segundos.

—¿Tienes idea de con qué te estás metiendo?

—Con algo gordo. Pero no sé todavía qué tan gordo.

—Está bien —dijo Curiel, con esa calma de quien ha tomado decisiones difíciles suficientes veces como para no necesitar dramatizarlas—. Dame unos días para organizar la agenda. ¿Tienes todo documentado?

—Sí.

—Guárdalo bien. Y Orteguita... mientras tanto, compórtate exactamente igual que siempre. No cambies nada. No hagas nada diferente en el trabajo.

—Eso ya lo estaba haciendo.

—Bien. Entonces ya sabes más de lo que crees.

Colgaron. Orteguita guardó el teléfono, puso las manos sobre el teclado, y abrió el siguiente expediente en la cola. Un hombre de cuarenta y dos años desaparecido en Culiacán, cuya familia llevaba tres semanas esperando noticias. Lo procesó con la misma atención que todos los demás, verificó los campos, asignó el folio, activó el protocolo.

Afuera, en el pasillo, dos compañeras pasaron conversando de algo que no tenía nada que ver con nada de lo que él llevaba en el bolsillo. Lo saludaron al pasar con esa cordialidad automática reservada para las personas a quienes se aprecia sin pensar demasiado en ellas. Él respondió el saludo con la misma cordialidad automática.

Todo igual. Todo exactamente igual que siempre.

Era lo único que podía hacer por ahora, y lo hacía bien.

Esa noche, de regreso en su departamento de la colonia Guerrero, Orteguita hizo algo que no había hecho en mucho tiempo: sacó del cajón de su buró una fotografía que guardaba ahí desde hacía años, de esas que ya no se imprimen pero que él había mandado revelar en una época en que todavía creía que las cosas impresas duraban más que las digitales.

Era una fotografía de él y Sergio, tomada en alguna navidad de principios de los dos mil, cuando sus padres todavía vivían y la familia todavía era una familia en el sentido funcional del término. Sergio tenía quizás dieciséis años y

sonreía con esa sonrisa abierta que tenía antes de que el mundo le enseñara que sonreír así era un riesgo.

No era la primera vez que pensaba en Sergio en el contexto de un caso de desaparición. Era inevitable, dada su profesión, y con los años había aprendido a manejarlo: a dejar que el recuerdo pasara sin instalarse, a reconocerlo sin dejarse habitar por él.

Pero esa noche era diferente porque esa noche el caso no era un expediente de una persona que no conocía. Era el expediente de una persona a quien nadie había dejado conocer, cuya inexistencia había sido fabricada con el mismo cuidado y la misma frialdad con que la de Sergio había sido simplemente ignorada.

Distintos mecanismos, mismo resultado: una persona que desaparece y que el sistema decide que no merece ser encontrada.

Guardó la fotografía de vuelta en el cajón. Se acostó. Y esta vez, a diferencia de la noche anterior, no tardó en dormirse. Porque había algo que esa noche era distinto: ya no estaba solo frente al problema. Samanta sabía. Curiel iba a ayudar. Y él tenía, en el bolsillo interior de su saco colgado en la silla, una memoria USB con once líneas que eran la única prueba de que Julia de los Santos Olea había existido en algún sistema, aunque fuera brevemente, aunque alguien hubiera hecho todo lo posible por borrarla.

Eso era poco. Pero era algo.

Y con algo se podía trabajar.

CAPÍTULO 4

Curiel y el número 12 de la calle Artemisa

José Manuel Curiel Henestrosa llegó a San Miguel de Allende un martes por la mañana en su propio coche, un Tsuru gris de 2009 que tenía más kilómetros encima que muchos taxis capitalinos pero que él mantenía en un estado mecánico que desmentía su apariencia. Había aprendido en sus años en la PGR que los coches discretos son mejores que los coches nuevos cuando uno no quiere que le recuerden la cara, y el Tsuru gris era el epítome de lo discreto: nadie mira dos veces un Tsuru gris.

Entró a la ciudad por la carretera federal desde Celaya, pasó por el centro sin detenerse para orientarse, y fue directamente al Registro Civil. Era su primer paso de siempre en casos de búsqueda de personas: confirmar que la persona que buscas existió antes de buscar dónde está. En este caso, dada la información que Orteguita le había dado, ya sabía que el resultado probable era negativo, pero necesitaba comprobarlo él mismo porque los hechos que uno verifica pesan diferente a los que le cuentan.

El empleado del Registro Civil era un hombre joven con cara de no haber dormido suficiente que atendió su consulta con la eficiencia mínima requerida por el puesto. Buscó en el sistema el acta de nacimiento de Julia de los Santos Olea. Buscó con el nombre completo, luego con variaciones posibles de la

ortografía, luego en el rango de fechas probable dado que la muchacha tenía 24 años. El resultado fue el que Curiel esperaba: ningún registro. La persona no había nacido en San Miguel de Allende, o si había nacido no había sido registrada ahí, o si había sido registrada ahí ese registro no existía ya en el sistema digital.

Salió del Registro Civil y pasó la siguiente hora y media haciendo lo mismo en otros registros: el IMSS local para verificar afiliación como trabajadora o derechohabiente, la delegación del INE más cercana para el padrón electoral, la sucursal bancaria donde el empleado de turno le confirmó, sin entrar en detalles que no correspondía dar, que sin un CURP válido no era posible rastrear ninguna cuenta. En todos los casos el resultado fue el mismo vacío que Samanta Bernal había encontrado desde la Ciudad de México, pero Curiel necesitaba verlo con sus propios ojos para creerlo en la dimensión que merecía.

Porque la inexistencia total de una persona en todos los registros simultáneamente no es un error. Es una operación.

Comió en una fonda del mercado, algo rápido y sin complicaciones, y después fue a la colonia Olimpo. La calle Artemisa era una calle tranquila de casas de un solo piso con bardas bajas y algunos árboles que daban sombra suficiente para hacer agradable caminar por ella en las horas de más calor. El número 12 era una casa color ocre con una puerta de madera pintada de verde oscuro que en ese momento estaba cerrada. No había timbre visible, así que tocó con los nudillos tres veces y esperó.

Nadie abrió.

Tocó de nuevo, más fuerte. Nada.

Dio un paso atrás y miró la fachada: las ventanas tenían las persianas bajas, no había luz visible por las rendijas, no se escuchaba ningún sonido interior. La casa tenía el silencio particular de los lugares que llevan tiempo sin ser habitados, esa quietud densa que es distinta al silencio de una casa donde la gente simplemente está durmiendo o callada.

Fue a la casa de la derecha. Tocó. Después de un momento abrió un hombre de unos setenta y cinco años con el pelo completamente blanco y una expresión que pasó de la curiosidad a la reserva en el tiempo exacto que le tomó escuchar la primera frase de Curiel.

—Buenos días, señor. Disculpe la molestia. Estoy buscando información sobre las personas que vivían en el número 12, la señora Amada Olea —

La puerta se cerró. No con violencia, pero sin hesitación. El hombre no dijo nada. Solo cerró.

Fue a la casa de la izquierda. Abrió una mujer joven con delantal, que explicó sin que se lo preguntaran que era la empleada doméstica, que la señora dueña vivía en la Ciudad de México y que ella solo venía a limpiar una vez por semana, y que en cuanto a los vecinos del 12, nunca había tenido

oportunidad de conocerlos porque siempre llegaba temprano y se iba antes del mediodía.

Fue a las casas de enfrente. En la primera no abrió nadie. En la segunda abrió una mujer de mediana edad que dijo que llevaba poco tiempo en el barrio y que no conocía a sus vecinos. En la tercera, un hombre de unos cuarenta años que dijo conocer a la señora del 12 de vista, que le daba los buenos días cuando coincidían en la calle, pero que no tenía ninguna relación más allá de eso y que no sabía nada de ninguna hija.

Era una cantidad notable de no saber nada. En cualquier calle de cualquier ciudad del interior del país, los vecinos saben. Saben los nombres, saben las rutinas, saben quién recibe visitas y a qué hora llega el coche y si el perro del fondo ladra más de lo normal. Ese saber es parte del tejido social de los barrios que todavía funcionan como barrios, y San Miguel de Allende, con todo y su vocación turística y su creciente población de extranjeros jubilados, todavía tenía colonias donde ese tejido se conservaba.

Que en la calle Artemisa absolutamente nadie supiera nada sobre la señora del número 12 ni sobre su hija no era el resultado natural de la discreción vecinal. Era el resultado de algo más deliberado que Curiel había visto antes en otros contextos y que reconocía con la incomodidad de quien sabe lo que significa: gente que había recibido, de una manera u otra, el mensaje de que era mejor no recordar.

Llamó a Orteguita esa tarde desde el coche, estacionado en una calle lateral a tres cuadras de la Artemisa.

—El vecindario está sellado —le dijo—. Nadie habló. Y no es que no sepan, Onésimo. Es que no quieren saber. Hay una diferencia.

—¿Pudiste averiguar algo del atropellamiento?

—Fui a la delegación de policía municipal. El expediente existe pero está cerrado. Tres páginas, como te dijo tu contacto. Vehículo negro, cristales polarizados, placas de Estados Unidos que nadie anotó porque nadie las vio completas. Un testigo que dijo que la señora se había atravesado de manera imprudente. Con eso cerraron. —Hizo una pausa—. Onésimo, el testigo no está identificado en el expediente. Solo dice "testigo anónimo que prefirió no dar sus datos". Eso no es un expediente. Es una nota de descargo.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Quedarme un día más. Hay algo que no probé todavía.

Lo que no había probado era alejarse del vecindario inmediato y buscar en el perímetro más amplio: los comercios, los puestos de comida, los lugares donde la gente del barrio hace sus compras cotidianas y donde las conversaciones son más naturales y menos vigiladas que detrás de una puerta. A la mañana siguiente Curiel caminó ese perímetro con paciencia, comprando cosas que no necesitaba en tiendas que no conocía, haciendo conversación donde surgía de manera natural, mencionando de pasada que andaba buscando a unos conocidos del rumbo de la Artemisa.

Fue en una esquina a tres cuadas de la calle, en un puesto de abarrotes y verdura atendido por un hombre de unos sesenta años con las manos grandes y callosas de quien lleva décadas cargando cajas, donde algo cambió. El hombre —que se presentó como don Refugio cuando Curiel se presentó como Manuel, que era su segundo nombre y el que usaba cuando no quería dejar rastro del primero— no cerró la conversación cuando escuchó el motivo de la visita.

—¿La señora Amada del 12? —dijo don Refugio, acomodando unos chiles poblanos en una canasta sin dejar de mirar a Curiel con esa evaluación tranquila de quien lleva años leyendo a la gente que pasa por su esquina—. La conocí. Compraba aquí los martes y los viernes. Buena señora. Callada, pero de buenos días siempre.

—¿Sabe usted qué le pasó?

Don Refugio dejó los chiles y lo miró de frente.

—La atropellaron. Ya tiene rato. —Bajó un poco la voz sin que hubiera nadie cerca que justificara bajarla, lo cual era en sí mismo una señal—. Aquí nadie habla de eso. Usted ya se habrá dado cuenta.

—Me di cuenta. ¿Usted sabe algo de su hija? ¿La conoció?

—No la conocí en persona. Pero la señora Amada me habló de ella una vez, aquí mismo, mientras le pesaba el jitomate. Que estaba trabajando en México, en algo de política, en la campaña de algún personaje importante. Estaba orgullosa. Dijo que era un buen trabajo, bien pagado, que su hija siempre había sido lista.

—¿Mencionó el nombre del personaje?

Don Refugio negó con la cabeza.

—No. Solo dijo que era alguien importante. Un candidato a diputado, creo que dijo. O algo así.

Curiel compró medio kilo de jitomate que no necesitaba, le dio las gracias a don Refugio con la naturalidad de quien ha tenido una conversación sin importancia, y caminó de regreso al coche. Marcó el número de Orteguita.

—Encontré algo —dijo cuando contestó—. Doña Amada le habló a un vendedor de la zona sobre Julia. Trabajaba en la Ciudad de México en la campaña de un candidato a diputado. No hay nombre todavía, pero hay dirección.

Al otro lado de la línea hubo un silencio breve que Curiel interpretó correctamente como el silencio de alguien que está procesando una pieza que encaja donde debía encajar.

—Eso es suficiente para empezar —dijo Orteguita—. Vente para acá cuando puedas. Aquí tenemos bases de datos que tú no tienes.

Curiel guardó el teléfono, arrancó el Tsuru gris y salió de San Miguel por la misma carretera por la que había entrado dos días antes. En el asiento del copiloto, junto a la bolsa de jitomate, había una libreta donde había anotado

todo lo que don Refugio le había dicho, con la fecha, la hora y la ubicación exacta del puesto.

Era poco. Pero era la primera grieta real en un muro que hasta ese momento había sido completamente liso.

Y las grietas, en la experiencia de Curiel, siempre llevaban a algún lado.

Llegó a la Ciudad de México entrada la noche del miércoles y fue directamente al departamento de Orteguita en la colonia Guerrero, que era la primera vez que visitaba. Era un departamento de dos recámaras en un tercer piso sin elevador, ordenado con la misma precisión obsesiva que Curiel ya le conocía a Orteguita en su cubículo de la CNB: cada cosa en su lugar, nada superfluo, nada al azar. En la sala había una mesa de trabajo con la computadora encendida y varios documentos abiertos en pantalla. En la cocina, una cafetera que acababa de terminar su ciclo.

—Café —ofreció Orteguita, que era su manera de decir bienvenido.

—Café —aceptó Curiel, que era su manera de decir gracias.

Se sentaron a la mesa y Curiel repasó todo lo que había encontrado en San Miguel, esta vez con más detalle que por teléfono: el Registro Civil, los registros del IMSS y el INE, el vecindario sellado, el expediente policial de tres páginas con el testigo anónimo, y don Refugio Méndez con su jitomate y su información sobre una hija que trabajaba en la campaña de un candidato a diputado.

Orteguita escuchó sin interrumpir, tomando notas en una libreta con la misma letra pequeña y apretada que usaba en sus documentos de trabajo. Cuando Curiel terminó, giró la pantalla de la computadora para que pudiera verla.

—Estuve revisando los candidatos a diputados federales en el proceso electoral del año pasado —dijo—. Específicamente los que operaron call centers en sus campañas, que es donde Doña Amada dijo que trabajaba Julia. Son varios, pero hay uno que tiene un perfil que no cuadra con los demás.

En la pantalla había una ficha con fotografía: un hombre de unos cincuenta años, bien vestido, con la sonrisa calibrada de quien sabe que le están tomando una foto oficial. Debajo, el nombre: Lic. Emanuel Aristas Góngora.

—Empresario del acero y los materiales de construcción —leyó Curiel en voz alta—. Candidato por el distrito doce del Estado de México. Partido hegemónico. Ganó por margen amplio.

—Ganó —confirmó Orteguita—. Y desde que ganó su nombre ha aparecido en conversaciones sobre la presidencia de la Cámara. Tiene los contactos, tiene el dinero, tiene el respaldo de arriba. —Señaló otra ventana abierta en el navegador—. Y tiene también esto.

Era una nota periodística menor, publicada en un portal de información política de circulación limitada, que mencionaba de pasada el nombre de Aristas Góngora en el contexto de contratos de construcción adjudicados a empresas de su grupo en los últimos tres años. La nota no hacía acusaciones directas, pero las cifras que citaba y la proximidad de las fechas con

decisiones de política pública hablaban con suficiente elocuencia para quien supiera leerlas.

Curiel leyó la nota dos veces.

—Es un hilo —dijo.

—Es el único hilo que tenemos —dijo Orteguita—. Por ahora.

Terminaron el café en silencio, cada uno procesando por su lado lo que juntos estaban construyendo. Afuera, en la calle de la colonia Guerrero, pasó un camión con el motor ruidoso y después volvió la quietud de la madrugada que en esa zona de la ciudad nunca era quietud completa sino una superposición de ruidos menores que juntos formaban algo que se podía confundir con silencio si uno no prestaba demasiada atención.

—¿Hasta dónde quieres llegar con esto? —preguntó Curiel, porque era la pregunta que había que hacer en algún momento y era mejor hacerla antes de que el proceso tuviera demasiado impulso propio.

Orteguita tardó unos segundos en responder.

—Hasta donde llegue —dijo finalmente—. Julia existió. Alguien decidió que no. Eso no está bien.

Era una respuesta simple para una pregunta compleja, y Curiel la aceptó como tal porque en su experiencia las respuestas simples suelen ser las más honestas y también las más peligrosas, precisamente porque no dejan margen para la negociación posterior.

—Está bien —dijo—. Entonces seguimos.

CAPÍTULO 5

El atropellamiento que nadie investigó

Curiel conocía la diferencia entre un expediente sin resolver por incompetencia y uno sin resolver por decisión. La incompetencia deja huellas involuntarias: contradicciones entre declaraciones, diligencias iniciadas y abandonadas a la mitad, fechas que no cuadran, nombres mal escritos, formularios incompletos por descuido.

La decisión, en cambio, produce expedientes limpios. Expedientes donde todo está en orden precisamente porque alguien se tomó el trabajo de asegurarse de que estuviera en orden, que las piezas encajaran sin roces, que la narrativa oficial tuviera la coherencia suficiente para no invitar preguntas.

El expediente del atropellamiento de Amada Olea García era del segundo tipo.

Lo sabía porque Orteguita había gestionado, a través de canales que prefirió no detallar pero que implicaban favores acumulados en años de trabajo institucional, una copia digital del expediente completo desde la delegación de policía municipal de San Miguel. Llegó a su correo personal la mañana del jueves, mientras Curiel dormía todavía en el sofá del departamento de la

colonia Guerrero con una puntualidad que desmentía sus años de trabajo en horarios irregulares.

Orteguita lo leyó dos veces antes de despertar a su huésped, y cuando lo hizo fue porque había terminado de leerlo y necesitaba que alguien con experiencia en investigación criminal lo leyera también.

Curiel lo leyó de pie, con el café en la mano, en diez minutos.

—Tres páginas y media —dijo cuando terminó—. Para un atropellamiento con fuga eso es nada.

—¿Qué falta?

Curiel dejó el café en la mesa y empezó a contar con los dedos.

—Falta el levantamiento fotográfico del lugar. Falta el análisis de la trayectoria del vehículo según los daños en el cuerpo y la posición final. Falta la consulta a las cámaras de vigilancia del área, que en esa colonia de San Miguel tiene que haber por lo menos tres o cuatro dado el nivel socioeconómico de la zona.

Falta la búsqueda activa del vehículo en los sistemas de control fronterizo, porque si tenía placas americanas debió haber cruzado algún punto de internación. Falta la identificación del testigo anónimo, que en cualquier investigación seria es el primer paso después de asegurar la escena. —Hizo una pausa—. Y falta, sobre todo, cualquier mención de que la víctima había presentado días antes una denuncia de desaparición de su hija. Eso debió haber encendido una alerta automática. No lo hizo.

—¿O sí la encendió y alguien la apagó?

Curiel lo miró.

—Eso es lo más probable —dijo—. Y eso ya no es incompetencia. Eso es trabajo.

Pasaron la mañana construyendo la cronología precisa de los hechos con todo lo que tenían: la desaparición de Julia el 27 de junio, la denuncia de Doña Amada el 30, la transmisión del expediente a la CNB y su registro por Orteguita ese mismo día, la orden de borrado que llegó cinco días después, el atropellamiento de Doña Amada el 2 de agosto. Treinta y tres días entre la denuncia y la muerte de quien la presentó. Cinco días entre el registro y la orden de borrarlo.

Cinco días era muy poco tiempo para que la información subiera desde el MP de San Miguel hasta quien fuera que le había dado la orden al Lic. Fuentes. Lo que significaba que quien había dado esa orden tenía acceso en tiempo casi real a los registros de la CNB, o tenía alguien dentro que se los informaba. Cualquiera de las dos opciones hablaba de una capacidad de monitoreo institucional que no estaba al alcance de cualquiera.

—Necesitamos saber quién le dio la orden a Fuentes —dijo Curiel.

—Ya lo sé —dijo Orteguita—. Y lo voy a preguntar. Pero todavía no. Primero necesitamos saber más sobre Aristas para que cuando hable con Fuentes

tenga algo concreto que poner sobre la mesa. Si voy con lo que tenemos ahora me puede decir cualquier cosa y yo no tendré manera de verificarla.

Era la lógica correcta y Curiel lo sabía. La conversación con Fuentes era inevitable pero prematura. Necesitaban más peso antes de usarla.

Lo que hicieron esa tarde fue dividirse el trabajo. Curiel se fue a hacer lo que mejor sabía hacer fuera de los sistemas: llamar a sus contactos, los que quedaban de sus años en la PGR y los que había cultivado después como detective privado, para preguntar con discreción sobre Emanuel Aristas Góngora.

No sobre sus negocios ni sobre su campaña, que era información pública, sino sobre lo que no era público: sus asociaciones informales, sus visitas a lugares que un empresario-político no debería visitar, los nombres que aparecían en su entorno cuando la gente hablaba de él sin micrófono.

Orteguita, mientras tanto, se instaló en su computadora con acceso a las bases de datos que su posición le permitía consultar y que en condiciones normales no tenía razón de cruzar con el nombre de un diputado federal. Las condiciones normales habían quedado atrás hacía días.

Buscó el nombre de Aristas Góngora en los registros de personas con quienes la CNB hubiera tenido contacto en los últimos tres años. Era una búsqueda lateral, de las que producen resultados inesperados precisamente porque nadie suele hacerlas: los sistemas de búsqueda de personas desaparecidas no están diseñados para rastrear políticos, y por eso mismo guardan, en sus márgenes, información que otros sistemas más vigilados no contienen.

No encontró el nombre directamente. Pero encontró algo que no buscaba: en dos casos de desaparición registrados en el Estado de México en el año anterior, los domicilios de las personas desaparecidas correspondían a colonias específicas del distrito doce, el distrito de Aristas.

Eso por sí solo no significaba nada: la gente desaparece en todos los distritos. Lo que llamó su atención fue que en ambos casos los expedientes habían sido cerrados en un plazo inusualmente corto, con la anotación de que las personas habían sido localizadas, sin mayor detalle sobre las circunstancias del hallazgo. Y en ambos casos la anotación de cierre había sido hecha desde una terminal cuyo código de usuario correspondía a un área de la CNB con la que Orteguita nunca había tenido contacto directo.

Anotó los folios en su libreta. No sabía todavía si eso tenía alguna relación con Julia o con Aristas. Pero los patrones anómalos en los sistemas de registro eran su especialidad, y ese era un patrón anómalo.

Curiel regresó al departamento entrada la noche con cara de quien ha pasado el día al teléfono y ha escuchado más de lo que esperaba.

Se sentó. Aceptó el café que Orteguita le ofreció sin que tuviera que pedirlo. Y empezó a hablar.

Lo que sus contactos le habían dicho sobre Emanuel Aristas Góngora no era revolucionario en términos de la política mexicana, donde los vínculos entre el

dinero privado, el poder público y las organizaciones criminales eran un secreto tan abierto que había dejado de ser un escándalo para convertirse en una descripción del paisaje. Pero tenía detalles que le daban consistencia y especificidad al perfil que estaban construyendo.

Aristas no era un operador del crimen organizado en el sentido directo. No traficaba, no mandaba, no ejecutaba. Era lo que en el mundo de la inteligencia criminal se llama un nodo de lavado institucional: un punto donde el dinero sucio encuentra una forma de volverse dinero limpio a través de contratos públicos, concesiones, licitaciones que se ganan sin competencia real.

Sus empresas construían carreteras, escuelas, hospitales. Sus empresas también recibían dinero cuyo origen, rastreado hacia atrás con suficiente paciencia, llevaba a organizaciones que no aparecían en ningún registro fiscal. El Cártel de Tepito era uno de esos orígenes. No el único, pero sí el más consistente en los últimos tres años.

—¿Hay algo que lo conecte directamente? —preguntó Orteguita.

—Nada que resista un tribunal —dijo Curiel—. Pero hay suficiente para entender por qué un audio comprometedor que lo implicara en una conversación con un líder del cártel sería exactamente el tipo de cosa que alguien como él eliminaría a cualquier costo.

Orteguita asintió despacio. La pieza que faltaba seguía siendo el audio, o la evidencia de que había existido. Pero el perfil de Aristas ya era lo suficientemente nítido para entender la escala de lo que estaban tocando.

—Mañana hablo con Fuentes —dijo Orteguita.

Curiel lo miró.

—¿Estás seguro?

—No. Pero es el siguiente paso y ya no hay razón para aplazarlo.

Curiel asintió. No dijo nada más porque no había nada más que decir. Orteguita tenía razón y los dos lo sabían: había llegado el momento de jalar el hilo desde adentro, desde el único lugar donde el hilo todavía tenía un extremo accesible.

El riesgo era real. Pero el riesgo de no jalarlo también lo era, y era de un tipo diferente: el riesgo de que Julia de los Santos Olea siguiera siendo un fantasma para siempre, en un país que ya tenía demasiados.

Esa noche Orteguita no se acostó hasta pasada la una de la mañana. Curiel se durmió en el sofá con la facilidad de quien ha aprendido a dormir en cualquier condición porque nunca sabe cuándo tendrá oportunidad de hacerlo, y su respiración pareja y profunda llenó el departamento con la presencia tranquilizadora de alguien que no está solo.

Orteguita se quedó en la mesa de trabajo con la pantalla encendida, repasando la cronología que habían construido durante el día. La miraba no para encontrar algo nuevo, porque ya la conocía de memoria, sino porque a

veces mirar los hechos ordenados en el tiempo produce una claridad que la lectura analítica no da: la claridad de ver el movimiento, el ritmo, la lógica interna de una secuencia de eventos que alguien diseñó con un propósito.

El propósito era simple, visto desde afuera: eliminar cualquier rastro de que Julia de los Santos Olea había existido y había presenciado algo que no debía presenciar. La ejecución había sido eficiente en casi todos sus puntos. Casi todos, porque Orteguita existía, y Orteguita había recibido el reporte antes de que nadie pudiera evitarlo, y Orteguita había decidido no borrar lo que le habían pedido que borrara.

Ese había sido el error del plan. Un estadígrafo gordo y de lentes al que nadie tomaba en serio.

Apagó la pantalla. Fue a su recámara. Antes de acostarse sacó del cajón del buró la memoria USB y la sostuvo un momento en la mano, ese objeto pequeño y ordinario que contenía las once líneas que eran la única prueba de que Julia había existido en algún sistema, aunque fuera brevemente, aunque hubiera durado apenas cinco días antes de que alguien intentara borrarla.

La puso de vuelta en el cajón, junto a la fotografía de él y Sergio.

Apagó la luz.

Mañana hablaría con Fuentes. Y lo que Fuentes le dijera, cualquier cosa que le dijera, sería el siguiente paso en un camino que ya no tenía regreso posible. No porque alguien lo hubiera obligado a seguirlo, sino porque él había decidido seguirlo. Esa distinción le importaba. Le había importado siempre, desde que era un estudiante de estadística en la UNAM que aprendió que los números no mienten si quien los registra decide no mentir.

Los números no mienten. Las personas sí. Y él llevaba veinticinco años siendo la persona que se aseguraba de que en esos sistemas, al menos en la parte que le correspondía, los números dijeran la verdad.

Julia de los Santos Olea era un número que alguien había querido borrar.

Y él no iba a dejar que eso sucediera.

A las dos y cuarto de la mañana, cuando el departamento estaba completamente en silencio salvo por la respiración de Curiel en el sofá y el ruido distante de la calle, Orteguita pensó en algo que no había considerado hasta ese momento con suficiente detenimiento: en qué había estado pensando Julia cuando decidió grabar esa conversación.

No lo sabía, claro. No podía saberlo. Pero podía imaginarlo porque conocía el tipo de decisión que se toma en un instante, sin calcular las consecuencias, impulsada por algo que no es exactamente valentía ni exactamente ambición sino una mezcla de las dos cosas más algo adicional que no tiene nombre preciso: la sensación repentina de que uno tiene en la mano algo que no debería tener y que sin embargo no puede soltar.

Él mismo había tenido esa sensación cuando decidió no borrar el registro. No en el momento exacto, porque en el momento exacto simplemente no había

borrado y ya. Sino después, cuando se dio cuenta de lo que había hecho y de lo que implicaba seguir haciéndolo.

Julia había tenido esa sensación antes que él. Y le había costado la vida.

Eso era lo que no podía permitirse olvidar mientras seguía jalando el hilo: que el hilo ya había cobrado una víctima antes de que él lo tocara. Que no estaba entrando a un terreno desconocido sino siguiendo un camino que alguien ya había empezado a transitar y del que no había regresado.

Eso no cambiaba su decisión. Pero cambiaba la manera en que debía ejecutarla: con más cuidado, con más precisión, con la misma meticulosidad que aplicaba a sus registros y que hasta ahora nadie había tenido razón para temer.

Se durmió pensando en eso.

Y por primera vez en muchos días, el sueño fue sin interrupciones.

CAPÍTULO 6

El hombre de la esquina que sí la conoció

El Lic. Toribio Fuentes Macías no era un hombre malvado. Esa era la conclusión a la que Orteguita había llegado en los días previos a la conversación, no porque necesitara que su jefe fuera bueno para poder hablar con él, sino porque entender la naturaleza de la persona con quien uno va a hablar de algo delicado es una forma de preparación tan válida como cualquier otra.

Fuentes era un hombre del sistema, de los que aprendieron temprano que la supervivencia institucional requiere una cierta disposición a mirar hacia otro lado en los momentos correctos, y que habían cultivado esa disposición hasta convertirla en reflejo. No era corrupción en el sentido transaccional del término. Era algo más banal y por eso mismo más extendido: la comodidad del que prefiere no saber.

Orteguita llegó a su oficina a las diez y media de la mañana, después de haber esperado a que el pasillo estuviera relativamente despejado. Tocó el marco de la puerta abierta.

—Licenciado, ¿tiene un momento?

Fuentes levantó los ojos de la pantalla. Algo en su expresión cambió de manera casi imperceptible cuando vio a Orteguita de pie en el umbral con esa postura que no era exactamente la de alguien que viene a preguntar por un expediente de rutina.

—Pasa. Cierra la puerta.

Orteguita cerró la puerta y se sentó en la silla frente al escritorio. Había decidido la noche anterior cómo iba a plantear esto: sin rodeos, sin acusaciones, con los hechos en el orden en que los había encontrado. Como un reporte estadístico. Era lo que sabía hacer mejor y era también, calculó, lo más difícil de rebatir.

—Licenciado, no borré el registro de Julia de los Santos Olea.

Fuentes no respondió de inmediato. Siguió mirándolo con esa expresión que había cambiado al verlo entrar y que ahora se había transformado en algo que Orteguita no le había visto nunca en veinticinco años: una preocupación genuina y profunda que no tenía nada que ver con él sino con algo mucho más grande que los dos.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó finalmente, y su voz tenía la quietud particular de quien hace una pregunta cuya respuesta ya teme conocer.

—Porque además de no borrarlo, investigué. Hablé con el MP de San Miguel, con el área de protocolos, con una criminóloga de mi confianza. Mandé a un investigador privado a San Miguel a buscar a la madre de Julia.

Encontramos que Julia no existe en ningún registro del país. Que su madre murió atropellada cinco semanas después de presentar la denuncia. Que el expediente del atropellamiento tiene tres páginas y un testigo anónimo. Y que hay alguien con acceso privilegiado a los sistemas de la CNB que borró el folio y el correo de confirmación de mi bandeja.

Fuentes lo miró durante un momento largo. Luego hizo algo que Orteguita no esperaba: se levantó, fue a la puerta, la abrió, miró el pasillo en ambas direcciones, la cerró de nuevo y regresó a su silla.

—Orteguita —dijo, en un tono que era casi un susurro—, ¿usted sabe en lo que se metió?

—Voy entendiéndolo.

—No. No lo entiende todavía. —Pasó una mano por el cabello entrecano con un gesto que era puro nervio sin disimulo—. La orden no vino de esta Comisión. Vino de Gobernación. Del Secretario Particular del Secretario de Gobernación en persona, el Lic. Santibáñez. Me llamó a este teléfono —señaló el teléfono fijo de su escritorio— hace tres semanas, el mismo día que usted registró el folio. Me dijo que había un caso que requería discreción absoluta y que necesitaba mi colaboración para que ese registro desapareciera del sistema. Sin preguntas, sin documentación, sin dejar rastro de la conversación.

—¿Y usted obedeció.

No era una pregunta. Fuentes lo entendió así.

—Soy jefe de área en una dependencia federal, Orteguita. El Secretario Particular del Secretario de Gobernación no llama a los jefes de área para pedirles favores que puedan negarse. —Hizo una pausa—. No le voy a pedir que entienda eso porque probablemente no lo entiende y probablemente tiene razón en no entenderlo. Pero así fue.

—¿Le dijo por qué?

—No. Y yo no pregunté. —Bajó todavía más la voz, hasta un nivel que obligaba a Orteguita a inclinarse levemente hacia adelante para escucharlo con claridad—. Pero Orteguita, escúcheme bien: el hecho de que Santibáñez

haya llamado personalmente, sin intermediarios, sin usar los canales normales de comunicación interinstitucional, ya me dijo todo lo que necesitaba saber sobre el peso de lo que estaban tapando. Eso no se hace para cubrir una irregularidad menor. Eso se hace cuando lo que está en juego es tan grande que no pueden permitirse dejar rastro en ningún nivel.

Orteguita procesó eso en silencio.

—¿Sabe usted algo más? ¿Tiene alguna idea de quién está detrás?

Fuentes lo miró con algo que en otro contexto podría haber sido compasión.

—Onésimo. —Era la primera vez en años que lo llamaba por su nombre de pila —. No me pregunte eso. No porque no quiera ayudarlo sino porque si yo sé algo más y usted lo sabe también, los dos tenemos un problema que ninguno de los dos está en condiciones de manejar. Lo que le conté ya es demasiado.

—Se recargó en el respaldo de su silla y lo miró con una mezcla de respeto y miedo que Orteguita no supo bien cómo interpretar—. ¿Qué va a hacer?

—Seguir.

—Eso me temía. —Fuentes asintió despacio, como quien acepta algo que no puede cambiar—. Entonces le pido una sola cosa: que no me involucre. No porque sea un cobarde, aunque quizás lo soy. Sino porque si me involucra, pierdo el único lugar desde donde puedo avisarle si veo que algo se mueve en su dirección.

Era una oferta. Una oferta modesta y temerosa, pero una oferta al fin.

—De acuerdo —dijo Orteguita. Se levantó. Extendió la mano.

Fuentes se la estrechó.

—Salga despacio —dijo el Lic. Fuentes—. Y cuando salga cierre la puerta.

Orteguita salió. Cerró la puerta con el mismo cuidado con que hubiera cerrado la puerta de cualquier oficina en cualquier día ordinario. Caminó por el pasillo, bajó las escaleras, cruzó el vestíbulo y salió del edificio. Caminó media cuadra hasta una banca en la acera de enfrente, se sentó, y sacó el teléfono.

Llamó a Curiel, que estaba en el departamento de la colonia Guerrero revisando sus notas de San Miguel.

—Ya hablé con Fuentes.

—¿Y?

—La orden vino del Secretario Particular del Secretario de Gobernación. Un tal Santibáñez. Llamada directa, sin canales institucionales, sin documentación.

Hubo un silencio al otro lado de la línea que duró exactamente lo que Curiel necesitó para dimensionar lo que eso significaba.

—Eso nos pone en territorio muy diferente al que teníamos ayer —dijo finalmente.

—Sí.

—Santibáñez no actúa por cuenta propia. Si él llamó es porque alguien arriba de él lo mandó llamar.

—Lo sé.

—Lo que conecta a Gobernación con Aristas Góngora tiene que ser la conversación. El audio. Algo que Julia escuchó y que comprometía a alguien lo suficientemente cerca del Secretario como para que el propio Secretario Particular se pusiera a limpiar.

—Eso es lo que creo también. Pero todavía no tenemos el audio ni evidencia de que existió.

—Entonces eso es lo siguiente —dijo Curiel—. Encontrar el audio o la evidencia de que existió.

Orteguita miró la calle frente a él: los coches, la gente caminando, un vendedor de elotes en la esquina, dos mujeres esperando el camión. El mundo completamente normal de un día completamente normal en una ciudad que no sabía nada de Julia de los Santos Olea ni del Lic. Santibáñez ni de lo que estaba pasando en ese momento en la cabeza de un estadígrafo gordo sentado en una banca con un teléfono en la mano.

—Curiel —dijo—. Necesito que te quedes unos días más.

—Ya lo sabía —dijo Curiel—. ¿Qué necesitas?

—Necesito que investigues al coordinador de campaña de Aristas. Un hombre llamado Rodrigo Izaguirre Paz. Según los registros de la CNB desapareció tres semanas después de las elecciones. Creo que él es el hilo que nos lleva al audio.

—Dame el expediente.

—Te lo mando en diez minutos.

Colgó. Se quedó en la banca otros dos o tres minutos, mirando el vendedor de elotes sin verlo. Luego se levantó, cruzó la calle, entró al edificio, subió las escaleras y regresó a su cubículo.

El cactus seguía en su lugar. El termo gris estaba donde lo había dejado. En la pantalla, la cola de expedientes pendientes esperaba con la paciencia infinita de los sistemas que no saben que alguien los está usando para algo que va mucho más allá de lo que fueron diseñados para hacer.

Abrió el expediente de Rodrigo Izaguirre Paz. Lo revisó. Lo copió en la memoria USB. Le envió a Curiel los datos que necesitaba.

Luego abrió el siguiente expediente de la cola y siguió trabajando.

Todo igual. Todo exactamente igual que siempre.

Lo que no le había dicho a Curiel por teléfono, y que guardó para cuando regresara al departamento esa noche, era la parte de la conversación con Fuentes que más le pesaba: no lo que su jefe le había dicho, sino lo que no le había dicho y que sin embargo estaba ahí, implícito en cada pausa y en cada mirada.

Fuentes sabía más. No los detalles, quizás, pero sí la dimensión. La llamada de Santibáñez no era un hecho aislado en su experiencia: era una pieza que

encajaba en un patrón que Fuentes había visto antes, en otros contextos, en otras instrucciones que habían llegado desde arriba sin explicación y sin posibilidad de negativa.

Había algo en la manera en que el Lic. Fuentes había dicho *eso no se hace para cubrir una irregularidad menor* que no sonaba a especulación sino a reconocimiento. Como quien describe algo que ha visto funcionar antes.

Esa noche, cuando Curiel regresó al departamento después de haber pasado la tarde haciendo llamadas desde un café de la colonia Roma, Orteguita le contó esa parte también.

Curiel lo escuchó sin interrumpir. Cuando terminó, se quedó callado un momento con la taza de café entre las manos, mirando un punto fijo en la mesa.

—Fuentes lleva cuántos años en la Comisión —dijo finalmente. No era una pregunta sino el inicio de un razonamiento.

—Dieciséis.

—Dieciséis años viendo cómo funciona el sistema desde adentro. —Levantó los ojos—. Onésimo, ese hombre sabe exactamente qué tipo de operación es esta. No te lo va a decir porque decírtelo lo compromete. Pero te está ayudando a la manera en que puede ayudarte: confirmándote que el techo es muy alto y que lo que tocas quema de verdad. Eso ya es más de lo que la mayoría haría en su lugar.

Orteguita asintió. Era una lectura justa.

—¿Y tus llamadas? —preguntó.

—Izaguirre Paz era un operador político de segundo nivel, de los que hacen el trabajo sucio de las campañas sin aparecer en los carteles. Tenía fama de eficiente y de discreto. Nadie que lo conociera lo describe como alguien que tomara riesgos innecesarios. —Hizo una pausa—. Lo cual hace más interesante todavía que haya grabado esa conversación. Si era tan discreto, grabó porque creyó que necesitaba un seguro. Y si creyó que necesitaba un seguro, es porque sabía en qué se había metido y sabía también que Aristas no era de los que dejan testigos incómodos sueltos.

—Entonces grabó para protegerse —dijo Orteguita.

—Y no le funcionó —dijo Curiel—. Pero el archivo tiene que existir en algún lugar. La gente que graba algo para protegerse no lo guarda en un solo lugar. Lo distribuye. Lo esconde. Lo pone donde cree que nadie va a buscarlo.

—Entonces hay que buscar donde nadie buscó.

—Exactamente.

Se miraron en el silencio del departamento de la colonia Guerrero, con los expedientes y las notas y los folios y los nombres extendidos sobre la mesa entre ellos como las piezas de un rompecabezas que empezaba a tener forma aunque todavía faltaran piezas centrales.

Afuera, la ciudad seguía con su ruido de fondo permanente, indiferente y constante, ajena a los dos hombres que en ese tercer piso sin elevador estaban jalando un hilo que llevaba directo al corazón de algo que el poder mexicano había decidido que nunca debía ser jalado.

CAPÍTULO 7

El candidato y sus sombras

Orteguita hacía lo que mejor sabía hacer: leer datos. No de la manera superficial con que la mayoría de la gente lee datos, buscando la cifra que confirma lo que ya cree, sino de la manera en que lo hacía un estadígrafo con veinticinco años de experiencia en sistemas donde la información verdadera rara vez está en lo que dice el registro sino en la relación entre registros, en los patrones que emergen cuando uno cruza fuentes que no fueron diseñadas para cruzarse, en las anomalías que solo se vuelven visibles cuando alguien tiene la paciencia de mirar lo suficientemente de cerca durante el tiempo suficiente.

Dedicó tres días completos a construir el perfil de Emanuel Aristas Góngora.

Lo hizo en su computadora del trabajo, durante las horas normales de oficina, mezclado con la cola habitual de expedientes que seguía procesando con la misma meticulosidad de siempre. Nadie que lo hubiera observado desde el pasillo habría visto nada diferente a lo de siempre: Orteguita frente a su pantalla, los lentes ligeramente bajados sobre la nariz, el termo de café al lado, tecleando con la concentración tranquila del que hace su trabajo y no piensa en otra cosa.

Lo que construyó en esos tres días era un mapa. No un mapa geográfico sino un mapa de relaciones: entre empresas, entre personas, entre contratos, entre fechas, entre montos. Un mapa donde cada nodo era un hecho verificable y cada línea entre nodos era una conexión documentada en algún registro público, y donde el conjunto, visto desde la distancia suficiente, dibujaba una figura que no había sido diseñada para ser vista pero que existía con la misma objetividad que cualquier otro hecho estadístico.

La figura que dibujaba ese mapa tenía un centro, y el centro era Emanuel Aristas Góngora.

Su trayectoria empresarial comenzaba a mediados de los noventa con una empresa constructora pequeña en el Estado de México que en diez años creció de manera que ningún análisis de mercado podía explicar completamente con factores legítimos. Las tasas de crecimiento no correspondían a las del sector, los contratos ganados superaban en proporción a los competidores con mayor capacidad instalada, y las licitaciones en las que participaba las ganaba con una regularidad que la estadística hacía difícil atribuir a la coincidencia.

Para el año 2005, el Grupo Aristas era uno de los cinco mayores proveedores de materiales de construcción del gobierno del Estado de México. Para el

2010, operaba en doce entidades federativas. Para el 2020, sus contratos con dependencias federales sumaban cifras que lo colocaban entre los principales beneficiarios del gasto público en infraestructura del país.

Todo perfectamente legal en sus formas. Todo perfectamente opaco en sus orígenes.

Lo que Orteguita encontró en los registros públicos que nadie había cruzado de esa manera era una correlación demasiado consistente para ser casual: en tres estados donde el Grupo Aristas había expandido operaciones de manera acelerada —Tamaulipas, Guerrero y la propia Ciudad de México— esa expansión había coincidido temporalmente con períodos de presencia documentada del Cártel de Tepito en esas regiones. No había documentos que establecieran la relación directamente. Nunca los hay. Pero la correlación existía con una consistencia estadística que en cualquier análisis de riesgo serio habría encendido alertas.

Además de eso, había un patrón en los contratos mismos: una proporción llamativamente alta de los contratos del Grupo Aristas correspondían a obras que habían sido modificadas o ampliadas en su alcance y presupuesto después de la adjudicación inicial, lo cual en el lenguaje de la contratación pública es uno de los mecanismos más frecuentes de desvío de recursos.

Las modificaciones estaban todas debidamente firmadas y autorizadas. Los funcionarios que las autorizaban cambiaban de cargo con una regularidad que no permitía construir una cadena directa, pero que tampoco permitía ignorar el patrón.

Al tercer día, cuando Orteguita tenía el mapa completo desplegado en tres ventanas simultáneas de su pantalla, llegó Curiel al departamento con sus propios hallazgos.

Había pasado esos tres días en sus propios canales: ex colegas de la extinta PGR que seguían conectados a las redes de inteligencia sin pertenecer formalmente a ninguna, periodistas de investigación que sabían más de lo que publicaban porque publicar todo lo que sabían era una forma de suicidio profesional en el mejor de los casos, y en algunos casos algo peor.

Lo que esos contactos le habían dado no era evidencia en el sentido jurídico del término, sino contexto. El tipo de contexto que permite entender por qué las piezas encajan de la manera en que encajan.

Aristas Góngora había sido durante años lo que en el mundo de la inteligencia criminal se conoce como un facilitador institucional: alguien que no opera directamente en las actividades del crimen organizado pero que provee de los servicios que esas actividades necesitan para volverse sostenibles.

Contratos públicos que generan flujos de dinero difíciles de rastrear. Redes de proveedores y subcontratistas que pueden absorber recursos sin que su origen sea cuestionado. Acceso a funcionarios que pueden acelerar o bloquear trámites según convenga. Y sobre todo, la apariencia de legitimidad que da pertenecer al mundo de los negocios formales y la política electoral.

El Cártel de Tepito no era una organización nacional con la escala del Cártel de Sinaloa o del CJNG, pero tenía una presencia urbana en la Ciudad de México que le daba un tipo de poder diferente: la capacidad de operar en el corazón de la capital con una impunidad que requería de complicidades institucionales muy específicas. Aristas proveía algunas de esas complicidades.

A cambio recibía liquidez, contratos informales, y la protección implícita que da estar asociado con personas que resuelven sus problemas de maneras que ningún abogado puede replicar.

—¿Hay algo que los conecte en fechas recientes? —preguntó Orteguita cuando Curiel terminó.

—Una reunión. Hace catorce meses, tres semanas antes de que arrancara formalmente la campaña de Aristas. Un contacto mío que prefiero no identificar me dijo que Aristas se reunió con Bernal Cisneros, que es el nombre con el que opera el líder del cártel, en un restaurante privado de la colonia Polanco. Reunión de una hora aproximadamente. Dos personas más presentes que nadie ha podido identificar.

—¿Testigos?

—El mismo contacto. Que estaba ahí por razones que no tienen que ver con este caso y que por eso mismo no puede aparecer en ningún expediente.

Orteguita asintió. Era lo que había esperado: suficiente para entender, insuficiente para probar. Pero la reunión en Polanco, sumada a todo lo demás, construía un contexto en el que la conversación que Julia había grabado accidentalmente tenía un sentido perfectamente coherente: Aristas y Bernal Cisneros habían establecido el acuerdo meses antes de la campaña, y la llamada que Julia interceptó no era el inicio de la relación sino la gestión operativa de un acuerdo ya existente.

Lo que Julia había escuchado, entonces, no era solo una conversación comprometedora. Era la evidencia de una estructura de financiamiento ilegal que involucraba a un futuro presidente de la Cámara de Diputados y al crimen organizado más activo de la capital. Una estructura que, si se hacía pública, podía llegar mucho más arriba que Aristas.

Mucho más arriba.

—Curiel —dijo Orteguita, mirando el mapa de relaciones en su pantalla—. ¿Cuánto crees que sabe el Secretario de Gobernación?

Curiel lo miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Quieres mi opinión honesta?

—Siempre.

—Creo que sabe exactamente lo que necesita saber y nada más. Así funciona el poder en este país: la gente que está arriba no quiere saber los detalles porque los detalles generan responsabilidad. Lo que quieren saber es que el problema está resuelto. Santibáñez fue el que llamó a Fuentes no porque el

Secretario no supiera, sino porque el Secretario nunca puede haber sabido. ¿Entiendes la diferencia?

Orteguita la entendía perfectamente. Era la misma lógica que gobernaba los expedientes que se archivaban sin resolver: nadie firmaba la orden de no investigar. Simplemente nadie investigaba, y la ausencia de instrucción se convertía en instrucción.

—Entonces el audio —dijo Orteguita— compromete a Santibáñez directamente, porque es su voz en la grabación. Y a través de Santibáñez compromete al Secretario, aunque el Secretario nunca haya hablado con nadie del cártel.

—Y a través del Secretario —dijo Curiel, completando la cadena con la calma de quien nombra algo que preferiría no nombrar— compromete a quien nombró al Secretario.

Ninguno de los dos dijo el siguiente nombre en voz alta. No era necesario.

Se quedaron en silencio unos segundos que pesaron más de lo que duraron. Afuera del departamento, en la calle de la colonia Guerrero, pasó un camión con la cumbia a todo volumen y el sonido fue y vino en un instante, dejando el silencio más denso de lo que estaba antes.

—Necesitamos ese audio —dijo Orteguita finalmente.

—Sí —dijo Curiel—. Y necesitamos encontrarlo antes de que ellos encuentren que lo estamos buscando.

Porque si lo encontraban primero, la conversación que estaban teniendo en ese departamento del tercer piso de la colonia Guerrero sería la última conversación que tendrían sobre este asunto. O sobre cualquier otro.

Esa noche Orteguita no pudo dormir hasta pasadas las tres de la mañana. No por miedo, o no solo por miedo, sino por algo más específico que el miedo: la sensación de estar parado en un punto desde donde el paisaje completo era visible por primera vez y desde donde resultaba difícil dejar de mirarlo.

Lo que habían construido en esos días era más de lo que había esperado encontrar cuando decidió no borrar el registro de Julia. Había esperado una irregularidad, quizás una instrucción cuestionable, quizás un funcionario que había actuado fuera de protocolo por razones que podían tener alguna explicación administrativa.

No había esperado esto: una red que conectaba a un diputado federal con el crimen organizado, a ese diputado con el Secretario Particular del Secretario de Gobernación, y a través de esa cadena con algo que ninguno de los dos se había atrevido todavía a nombrar en voz alta.

Lo que había esperado era encontrar a Julia. Lo que había encontrado era el sistema que la había borrado, y ese sistema era mucho más grande de lo que Julia había podido imaginar cuando decidió grabar esa conversación.

Se preguntó, no por primera vez, si Julia había entendido en algún momento la magnitud de lo que había hecho. Si había tenido tiempo de entenderlo

antes de que la encontraran. Si había tenido miedo o si el miedo llegó demasiado tarde para servirle de algo.

No podía saberlo. Nunca lo sabría.

Pero podía hacer lo único que estaba en sus manos: seguir buscando el audio que ella había arriesgado su vida por grabar, y asegurarse de que ese audio llegara a donde pudiera hacer algo que su muerte no había podido hacer.

No justicia, porque la justicia en este país era una promesa demasiado grande para este caso. Pero sí algo. Algo que pesara. Algo que dejara una marca, aunque fuera pequeña, en el muro liso de la impunidad.

Se durmió con eso en la cabeza, y esta vez el sueño llegó sin que tuviera que buscarlo.

La mañana siguiente, Curiel ya estaba en pie cuando Orteguita salió de la recámara. Había café hecho y dos tazas en la mesa, junto a su libreta abierta en una página nueva.

—Encontré algo anoche —dijo Curiel, sin preámbulo—. Sobre Izaguirre.

Orteguita se sentó y tomó la taza.

—Cuéntame.

—Antes de desaparecer, Izaguirre hizo una transferencia desde una cuenta vinculada a la campaña de Aristas hacia un servicio de almacenamiento en la nube. Un proveedor menor, de los que no tienen los servidores en México. La transferencia fue hace cuatro meses. —Curiel lo miró directamente—. Esos servicios borran las cuentas inactivas después de noventa días si no hay renovación de pago.

Orteguita calculó en silencio.

—¿Cuánto tiempo queda?

—Once días.

Once días para encontrar en un servicio de almacenamiento en la nube las credenciales de acceso de un hombre desaparecido, que había guardado ahí algo que quizás era el audio que necesitaban y quizás no era nada.

Once días que empezaban a contar desde esa mañana.

—¿Tienes los datos de la transferencia?

—Los suficientes para intentarlo —dijo Curiel—. Pero para lo que hay que hacer a continuación voy a necesitar a alguien que sepa más de sistemas que cualquiera de los dos.

Orteguita asintió. Ya estaba pensando en quién.

CAPÍTULO 8

El coordinador que también dejó de existir

El nombre del servicio de almacenamiento en la nube era Vaultex, un proveedor canadiense de segundo nivel que ofrecía cuentas encriptadas con

facturación anónima aceptando criptomonedas, lo cual explicaba por qué Izaguirre lo había elegido: era exactamente el tipo de servicio que alguien escoge cuando quiere guardar algo que no quiere que nadie encuentre fácilmente pero que tampoco quiere perder.

La transferencia que Curiel había rastreado correspondía a un pago único de seis meses de servicio, hecha cuatro meses antes. Lo que quedaba de ese período eran los once días que habían calculado esa mañana.

El problema no era llegar al servicio. El problema era entrar a la cuenta.

Orteguita tenía en mente a una persona. Se llamaba Ernesto Villanueva Cork, tenía treinta y dos años, trabajaba como consultor independiente en seguridad informática, y era el sobrino de una compañera del área jurídica de la CNB con quien Orteguita había coincidido en varios proyectos de actualización de sistemas en los últimos años.

Lo había conocido en una comida de cumpleaños al que fue sin ganas y del que regresó con la impresión de que ese joven delgado y callado que comía poco y escuchaba mucho sabía exactamente cómo funcionaban los sistemas que la mayoría de la gente simplemente usaba sin entender.

Lo llamó esa misma mañana, al número que le había dado en aquella comida y que había guardado sin saber muy bien por qué.

—Ernesto, soy Onésimo Ortega. Nos conocimos en el cumpleaños de tu tía Rebeca hace como dos años.

—Me acuerdo —dijo Ernesto, con la economía verbal de quien no desperdicia palabras en confirmaciones innecesarias.

—Necesito pedirte un favor que no es sencillo y que no puedo explicarte completamente por teléfono. ¿Podemos vernos?

—¿Cuándo?

—Hoy si puedes.

Una pausa breve.

—A las seis en el Parque México. En la fuente.

Fueron los dos, Orteguita y Curiel. Encontraron a Ernesto sentado en una banca con una mochila sobre las rodillas y los audífonos puestos aunque no estaba escuchando nada, que era su manera de mantener a la gente a distancia sin tener que pedírselo. Se los quitó cuando los vio llegar.

Orteguita le explicó lo que necesitaba con la misma economía con que había aprendido a explicar todo en este proceso: lo mínimo necesario para que la otra persona pudiera tomar una decisión informada. Le habló de una cuenta de almacenamiento en la nube que pertenecía a una persona desaparecida, que contenía posiblemente información de interés para una investigación no oficial sobre la desaparición de otra persona, y que tenía once días de vida antes de ser eliminada automáticamente.

Ernesto lo escuchó sin interrumpir. Cuando Orteguita terminó, hizo una sola pregunta.

—¿Tienen los metadatos de la transferencia?

—Sí —dijo Curiel, y le pasó una hoja doblada con los datos que había rastreado.

Ernesto la leyó. La dobló de nuevo. La guardó en el bolsillo de su chamarra.

—Vaultex tiene una vulnerabilidad conocida en su sistema de recuperación de contraseñas que no han parcheado desde hace ocho meses —dijo, con el tono neutro de quien describe el clima—. Si el titular de la cuenta usó un correo electrónico real para registrarse, hay una ruta de acceso. Si usó un correo desechable la cosa se complica pero no se imposibilita. Dame cuarenta y ocho horas.

—Tenemos once días —dijo Orteguita.

—Yo tengo cuarenta y ocho horas —dijo Ernesto, y quedó claro que no era una negociación sino una descripción del tiempo que necesitaba para hacer bien lo que le estaban pidiendo.

Se levantó, se puso los audífonos, y se fue por el camino del parque con la mochila al hombro y el mismo paso tranquilo con que había llegado.

Curiel lo miró alejarse.

—¿Confías en él?

—Confío en su tía —dijo Orteguita—. Y su tía confía en él.

Era suficiente. Tenía que serlo.

Mientras esperaban el resultado de Ernesto, Curiel retomó la investigación sobre Rodrigo Izaguirre Paz desde el ángulo que todavía no habían explorado completamente: no lo que había hecho antes de desaparecer, sino lo que había dejado atrás.

Fue a la colonia Narvarte, donde Izaguirre había vivido en un departamento de dos recámaras que ahora ocupaba una pareja joven que no lo había conocido y que había llegado tres meses después de que el anterior inquilino dejara de pagar la renta sin aviso.

El casero era un hombre de setenta años que vivía en la planta baja del mismo edificio y que abrió la puerta con la desconfianza de quien ha tenido suficientes inquilinos problemáticos como para no fiarse del primero que llega con preguntas. Curiel usó el tono que usaba en estos casos: directo, sin pretender ser lo que no era, identificándose como investigador privado y explicando que buscaba información sobre un ex inquilino en el contexto de una investigación sobre su desaparición.

El casero lo dejó pasar.

Izaguirre había sido, según el hombre, un inquilino sin problemas durante dos años y medio: pagaba puntual, no hacía ruido, recibía pocas visitas. En sus últimas semanas había cambiado: llegaba tarde, salía temprano, una vez el casero lo había visto bajar las escaleras a las tres de la mañana con una mochila. No le había preguntado nada porque no era su costumbre preguntar. Pero lo había notado.

—¿Recibió visitas en ese período? —preguntó Curiel.

—Una vez. Un hombre. No lo vi bien porque fue de noche, pero recuerdo que el coche que llegó era caro. Negro. Con cristales oscuros.

Curiel anotó eso en su libreta sin cambiar la expresión. Un coche negro con cristales oscuros. El mismo tipo de vehículo que había atropellado a Doña Amada en San Miguel.

Podía ser una coincidencia. En el contexto de todo lo demás, era difícil tratarla como tal.

Fue después a ver a la familia de Izaguirre, que vivía en la colonia Doctores en un departamento pequeño donde la madre, una mujer de sesenta y tantos años con los ojos del color del cansancio permanente, lo recibió en la sala con la disposición agotada de quien lleva meses respondiendo preguntas que no llevan a ningún lado.

Le contó lo que sabía, que no era mucho más de lo que el expediente de la CNB ya decía. Rodrigo había dejado de contestar el teléfono un jueves. El viernes siguiente ella fue al departamento de Narvarte y encontró todo en orden, sin señales de lucha, sin nada fuera de su lugar, salvo la ausencia de la mochila negra que Rodrigo llevaba siempre cuando salía a trabajar. Lo denunció ese mismo día. El expediente existía y estaba activo, pero en los meses transcurridos nadie le había dado ninguna actualización concreta.

—¿Él le había dicho algo en los días previos? —preguntó Curiel—. ¿Algo que le preocupara, algo inusual?

La señora lo pensó durante un momento que era real, no el silencio calculado de quien decide qué decir sino el silencio genuino de quien busca en la memoria algo que quizás guardó sin saber que importaría.

—Me llamó diez días antes —dijo finalmente—. Me llamó un domingo en la noche, que no era su costumbre porque los domingos siempre iba a comer aquí. Pero ese domingo no vino y me llamó para disculparse. Y al final de la llamada, antes de colgar, me dijo algo que no entendí en ese momento. Me dijo: —mamá, si alguien te pregunta por mí, tú no sabes nada. No porque yo haya hecho algo malo, sino porque saber cosas puede ser peligroso.

Hizo una pausa.

—¿Usted cree que mi hijo está vivo?

Curiel había aprendido en sus años de trabajo a responder esa pregunta con la honestidad que la situación permitía, que rara vez era tanta como la que la persona merecía.

—Estoy haciendo todo lo que puedo para encontrarlo, señora.

No era una respuesta. Pero era lo único que tenía.

Regresó al departamento de la colonia Guerrero entrada la tarde, con las notas de la jornada y el peso específico que dejan las conversaciones con madres que esperan. Orteguita lo escuchó todo, tomó notas, cruzó los datos con lo que ya tenían.

El coche negro en Narvarte. La llamada del domingo. La mochila que no estaba.

—Izaguirre sabía que estaba en peligro —dijo Orteguita.

—Desde mucho antes de desaparecer —confirmó Curiel—. Por eso grabó. Por eso pagó el almacenamiento. Estaba construyendo un seguro que esperaba no tener que usar.

—Y no llegó a usarlo.

—No. Pero nosotros sí podemos.

Si Ernesto cumplía. Si la cuenta seguía activa. Si el archivo era lo que creían que era y no otra cosa. Había demasiados condicionales para sentirse seguro, y los dos lo sabían.

Pero era lo que tenían. Y con lo que tenían había que trabajar.

Faltaban nueve días.

Ernesto llamó a las cuarenta y tres horas, no a las cuarenta y ocho. Era temprano en la mañana del tercer día y Orteguita acababa de llegar a la oficina cuando sintió vibrar el teléfono en el bolsillo.

—Entré —dijo Ernesto, sin saludo previo—. Hay un archivo de audio. Cuatro minutos con diecisiete segundos. No lo abrí.

Orteguita se quedó quieto un momento con el teléfono pegado a la oreja, en el pasillo del segundo piso, a tres metros de la cafetera que producía el café apenas tolerable.

—¿Puedes pasarlo a un dispositivo externo sin dejar rastro en el servidor?

—Ya lo hice. Está en un drive encriptado. ¿Dónde nos vemos?

Se reunieron esa tarde en el mismo café de la colonia Doctores donde Orteguita y Curiel habían acordado encontrarse días antes, elegido precisamente porque no tenía nada de particular que lo hiciera memorable. Ernesto llegó con una mochila de la que sacó un disco duro externo del tamaño de una baraja de cartas y lo puso sobre la mesa.

—La contraseña es la fecha de la transferencia en formato invertido —dijo—. Ocho dígitos. Cuando lo abran, cambien la contraseña de inmediato.

Orteguita tomó el dispositivo. Era tan pequeño y tan ordinario que resultaba difícil creer que pudiera contener algo capaz de mover lo que ellos creían que podía mover.

—¿Cuánto te debemos? —preguntó Curiel.

Ernesto los miró alternadamente durante un segundo.

—Nada —dijo—. Pero si alguna vez alguien me pregunta, yo no estuve aquí.

—Nadie te va a preguntar —dijo Orteguita.

Ernesto asintió, guardó la mochila vacía, se puso los audífonos y salió del café con el mismo paso tranquilo con que había llegado al Parque México cuatro días antes.

Curiel miró el dispositivo sobre la mesa.

—¿Lo abrimos aquí?

—No —dijo Orteguita—. En ningún lugar donde haya conexión a internet. Y con audífonos.

Compraron dos pares de audífonos baratos en una papelería a media cuadra, regresaron al departamento de la colonia Guerrero, desconectaron el router, cerraron las cortinas con el gesto levemente absurdo de quien sabe que el gesto no sirve de mucho pero lo hace de todas formas porque el instinto de protegerse es más rápido que la razón.

Orteguita conectó el dispositivo. Introdujo la contraseña. Apareció una sola carpeta. Dentro, un solo archivo de audio con un nombre que era una cadena de números sin sentido aparente.

Se pusieron los audífonos. Orteguita dio play.

Los cuatro minutos con diecisiete segundos que siguieron fueron los más silenciosos que habían compartido desde que empezaron a trabajar juntos. Silenciosos hacia afuera, porque ninguno dijo nada mientras escuchaban. Hacia adentro eran otra cosa.

La voz del Secretario Particular era inconfundible para Orteguita, que lo había escuchado en suficientes conferencias de prensa. La voz del interlocutor, a quien Santibáñez llamaba por un apodo de una sola sílaba, hablaba con la calma de quien está acostumbrado a que las conversaciones sobre dinero no lo alteren.

Hablaban de montos. De fechas. De la importancia de que Aristas llegara a la presidencia de la Cámara. De lo que el cártel esperaba a cambio. De nombres de funcionarios que podían facilitar ciertos trámites. De un monto final que ninguno de los dos pronunciaba completo sino en fragmentos, como si incluso en esa conversación que creían privada hubiera un límite de lo que era prudente decir de corrido.

Cuando el audio terminó, Orteguita y Curiel se quitaron los audífonos al mismo tiempo.

Se miraron.

—Es suficiente —dijo Curiel, en voz baja aunque estaban solos y las cortinas estaban cerradas.

—Es más que suficiente —dijo Orteguita.

Y entonces los dos entendieron simultáneamente, sin necesidad de decirlo, que acababan de cruzar un umbral del que no había regreso. Que lo que tenían en ese disco duro del tamaño de una baraja de cartas era exactamente lo que habían buscado y también exactamente lo que los ponía en el mayor peligro que habían corrido en todo este proceso.

Faltaban seis días para que la cuenta de Vaultex expirara. Pero eso ya no importaba.

El archivo estaba en sus manos. Y ahora había que decidir qué hacer con él sin que esa decisión los matara.

CAPÍTULO 9

El drive y la voz que no debió grabarse

La primera decisión que tomaron esa noche fue no tomar ninguna decisión esa noche.

Era la decisión correcta y los dos lo sabían, aunque la urgencia empujara en sentido contrario. Tenían el audio. Tenían la evidencia. Tenían también el impulso natural de hacer algo con esa evidencia de inmediato, de ponerla en circulación, de convertirla en algo que no pudiera ser ignorado ni borrado.

Pero ese impulso era exactamente el tipo de reacción que los podía destruir: la prisa en situaciones donde la prisa es un error es tan peligrosa como la cobardía, y ninguno de los dos podía permitirse ninguna de las dos cosas.

Orteguita hizo copias del archivo en tres dispositivos distintos esa noche. Una copia quedó en el disco duro de Ernesto, que ya tenía. Otra fue a una segunda memoria USB que guardó en el doble fondo de un cajón de su escritorio en el cubículo de la CNB, detrás de los formularios de archivo que nadie había tocado en años. La tercera quedó en su poder, en el bolsillo interior del saco junto a la primera memoria USB con las once líneas de su resumen original.

Tres copias en tres lugares distintos. Si encontraban una, quedaban dos. Si encontraban dos, quedaba una. Era una lógica elemental de redundancia que cualquier estadígrafo habría aplicado a cualquier dato importante, y este era el dato más importante que había manejado en su vida.

Curiel, mientras tanto, pensaba en voz alta con la libreta abierta sobre la mesa.

—Lo que tenemos no sirve de nada si no llega a alguien que pueda hacer algo con ello —dijo—. Y para que llegue a alguien que pueda hacer algo con ello tenemos que sobrevivir el tiempo suficiente para entregarlo.

—¿Y si lo publicamos directamente? —preguntó Orteguita—. Un medio, una denuncia pública.

—Si lo publicamos directamente tenemos tres problemas. Primero: somos nosotros quienes lo publicamos, lo cual nos convierte en el objetivo inmediato de personas que ya han demostrado que no tienen problema en eliminar objetivos. Segundo: el audio puede ser cuestionado como falso o como obtenido ilegalmente, lo cual le da al poder el argumento para desacreditarlo sin tener que responder a su contenido. Tercero: una publicación directa quema el material de un solo uso. Una vez que está afuera, ya no tenemos nada con qué negociar ni nada con qué protegernos.

Orteguita lo escuchó en silencio, procesando cada punto con la misma atención con que procesaba los datos de sus expedientes.

—Entonces no publicamos —dijo—. Lo usamos como escudo.

—Exacto. El material no vale por lo que dice. Vale por lo que amenaza con decir. Mientras esté inédito y en nuestras manos, somos intocables. En el momento en que sale, dejamos de serlo.

Era una inversión de la lógica habitual de la denuncia, y era también la única lógica que tenía sentido en este contexto: no la transparencia como herramienta de justicia, sino la opacidad como herramienta de supervivencia.

Orteguita encontraba algo profundamente incómodo en eso, algo que rozaba sus convicciones sobre la función de la información y el derecho de la sociedad a conocer lo que sus gobernantes hacen en su nombre. Pero la incomodidad no cambiaba la aritmética de la situación.

—¿Cómo lo depositamos? —preguntó.

—Necesitamos un custodio —dijo Curiel—. Alguien con suficiente peso institucional o reputacional para que el poder sepa que atacarnos tiene un costo real. Alguien que custodie el material sin conocer su contenido, para que no tenga incentivo propio de publicarlo antes de tiempo y para que no pueda ser acusado de complicidad en nada.

—Un medio internacional —dijo Orteguita.

—La corresponsalía de un medio internacional. Alguien que entienda exactamente qué está guardando y bajo qué condiciones, aunque no sepa qué hay dentro.

Curiel tenía ese contacto. Era el responsable de seguridad de la oficina en México de un medio europeo de primera línea, un hombre llamado Armand Delcourt que había llegado al país hacía doce años como corresponsal de guerra reconvertido en jefe de seguridad cuando las rodillas le dijeron que ya no podía seguir corriendo detrás de conflictos armados. Curiel lo había conocido en un caso que ninguno de los dos recordaba con exactitud pero cuyo resultado había establecido una confianza mutua que sobrevivió al caso.

Lo llamó al día siguiente desde un teléfono prepago que compró esa mañana en una tienda de conveniencia de la colonia Centro.

—Armand. Soy Curiel. Necesito verte.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Una pausa.

—A las dos. Ya sabes dónde.

El ya sabes dónde era un restaurante de cocina española en la colonia Juárez donde Delcourt comía cada jueves porque la rutina, decía, era la mejor protección contra la paranoia. Fueron los dos, Orteguita y Curiel, llegando por separado con un intervalo de diez minutos para no presentar un blanco doble en la entrada.

Delcourt era un hombre de cincuenta y cinco años con el físico de quien alguna vez fue atlético y que con los años se había transformado en algo más compacto y más quieto. Tenía los ojos del color del agua fría y una manera de

escuchar que hacía sentir a quien hablaba que cada palabra estaba siendo pesada con precisión.

Curiel le explicó la situación con la economía de siempre: dos personas investigando la desaparición de una tercera, hallazgo de material que comprometía a personas en posiciones de poder, necesidad de un custodio que guardara ese material bajo condiciones específicas sin conocer su contenido.

Delcourt escuchó sin interrumpir. Cuando Curiel terminó, bebió un sorbo de agua y preguntó una sola cosa.

—¿Qué tipo de condiciones?

—Si cualquiera de los dos sufre daño físico o desaparece, el custodio hace público el material de inmediato. Sin verificar el contenido. Sin esperar instrucciones. Automáticamente.

—¿Y si ninguno de los dos sufre daño?

—El material permanece bajo custodia indefinidamente. Sin ser abierto. Sin ser publicado.

Delcourt lo pensó durante un momento que no fue largo pero que tuvo el peso de las decisiones que no se toman a la ligera.

—Si el material nunca se abre, no puedo verificar que sea lo que dices que es.

—No —dijo Curiel—. Esa es exactamente la condición. Usted custodia algo que no sabe qué es. Su valor para nosotros depende de que usted no lo sepa, porque si lo supiera tendría razones propias para publicarlo o para no publicarlo que podrían no coincidir con las nuestras.

Delcourt miró a Orteguita, que había estado en silencio desde que llegaron.

—¿Y usted qué dice?

—Que si lo que hay en ese dispositivo llega a publicarse sin que nosotros lo autoricemos —dijo Orteguita—, puede caer un gobierno. Eso es suficiente razón para que no quiera que usted lo abra.

Delcourt asintió despacio. Había en ese asentimiento algo que iba más allá de la aceptación de los términos: el reconocimiento de alguien que ha visto suficientes situaciones de ese tipo como para saber cuándo la descripción corresponde a la realidad y cuándo es una exageración de quien sobreestima lo que tiene.

—De acuerdo —dijo—. Pero quiero que quede claro entre nosotros: si en algún momento tengo razones para creer que el material puede evitar un daño inminente a personas inocentes, me reservo el derecho de reconsiderar.

—Es una condición razonable —dijo Curiel.

Se estrecharon la mano. Orteguita sacó el disco duro del tamaño de una baraja de cartas, que había llevado en el bolsillo interior del saco todo el tiempo, y lo puso sobre la mesa. Delcourt lo tomó, lo miró un momento, y lo

guardó en el bolsillo de su saco con el mismo gesto con que se guarda cualquier objeto ordinario.

Salieron del restaurante por separado. Orteguita caminó tres cuerdas antes de detenerse en una esquina donde el sol de la tarde daba directamente en la banqueta. Sacó el teléfono. Llamó a Curiel.

—Ya está —dijo.

—Ya está —confirmó Curiel—. Ahora hay que avisarles.

Avisarles era la parte que ninguno de los dos había verbalizado todavía pero que habían estado pensando desde que decidieron la estrategia. El material depositado no servía de escudo si el poder no sabía que existía y dónde estaba. Había que comunicarlo. Había que hacerlo de manera que llegara a quien necesitaba recibirlo sin que ese proceso mismo los pusiera en peligro inmediato.

Curiel tenía para eso un contacto en el mundo gris de la política capitalina: un hombre que había trabajado como operador en tres administraciones distintas y que había sobrevivido a todas precisamente porque sabía cómo llevar mensajes de un lado al otro sin que nadie pudiera acusarlo de nada concreto.

No era un aliado. Era un canal. Y los canales, en la política mexicana, funcionan con una neutralidad que tiene más que ver con el interés propio que con ningún principio, pero que en la práctica resulta tan confiable como cualquier otra cosa.

Le envió un mensaje de texto desde el teléfono prepago: *Tengo algo que le interesa a gente que conoces. Necesito que les llegue un recado. Sin nombres. Sin detalles. Solo el hecho de que existe y dónde está.*

La respuesta llegó en menos de una hora: *Mañana. Mismo lugar de siempre.*

Esa noche, en el departamento de la colonia Guerrero, Orteguita y Curiel comieron en silencio algo que Orteguita calentó en el microondas sin prestar demasiada atención a lo que era. Afuera la ciudad hacía su ruido de fondo. Adentro, la quietud tenía una textura diferente a la de las noches anteriores: no era la quietud de la incertidumbre sino la de quien ha hecho lo que podía hacer y ahora espera ver si fue suficiente.

—¿Tienes miedo? —preguntó Curiel en algún momento, sin que viniera de ninguna conversación previa.

Orteguita pensó la respuesta con honestidad antes de darla.

—Sí —dijo—. Pero menos que antes.

—¿Por qué menos?

—Porque antes no sabía de qué tenía miedo. Ahora sí.

Curiel asintió como si eso tuviera sentido, que lo tenía.

Se acabó la cena. Recogieron los platos. Y cada uno se fue a su lado del departamento a esperar que amaneciera.

El mensaje llegó al entorno de Aristas Góngora cuarenta y ocho horas después de la reunión con Delcourt. No de manera directa ni con nombres: llegó como llegan estas cosas en el mundo donde operaba el canal de Curiel, a través de una cadena de intermediarios donde cada eslabón sabe solo lo que necesita saber para pasar el mensaje al siguiente, y donde al final el destinatario recibe la información sin poder rastrear su origen con precisión suficiente para actuar sobre él.

El mensaje era simple: existía un material de audio que comprometía a personas cercanas a Aristas Góngora en conversaciones con miembros del crimen organizado. Ese material estaba en custodia de un tercero que actuaría automáticamente si cualquiera de los dos portadores sufriera algún daño. Los portadores no tenían intención de publicar el material mientras no fueran amenazados. Esa era la única condición.

Orteguita y Curiel no estuvieron presentes cuando el mensaje llegó a su destino. No podían estarlo. Pero sabían, por la lógica de lo que habían puesto en movimiento, que en algún punto de los días siguientes alguien en el entorno de Aristas leería ese mensaje o escucharía ese recado y tomaría una decisión.

Lo que no podían saber era cuánto tardaría esa decisión en traducirse en una acción.

Y mientras esperaban, sin poder hacer nada más que continuar con sus vidas ordinarias con la misma normalidad de siempre, el tiempo tenía esa cualidad particular de los períodos de espera en situaciones de peligro: se dilataba y se comprimía de manera irregular, haciéndose interminable en las horas de inactividad y vertiginoso en los momentos en que algo se movía.

Orteguita fue a la oficina. Procesó expedientes. Tomó café de la cafetera del segundo piso. Saludó a sus compañeros con la cordialidad automática de siempre. Pasó junto al despacho del Lic. Fuentes dos veces sin detenerse, y en ninguna de las dos ocasiones su jefe salió ni dio señales de querer hacerlo. Lo cual podía significar varias cosas, y Orteguita eligió interpretarlo como la señal acordada de que por ese lado todo seguía quieto.

Curiel se quedó en el departamento de la colonia Guerrero revisando sus notas, actualizando el expediente privado que llevaba del caso, llamando a algunos de sus contactos con preguntas que no tenían que ver directamente con lo que estaban esperando pero que mantenían activas las redes de información que podrían necesitar en cualquier momento.

Al cuarto día, a las once y veinte de la mañana, Orteguita recibió en su teléfono personal un mensaje de texto desde un número que no reconoció. El mensaje decía únicamente: *Están siendo seguidos. Tengan cuidado.*

No había firma. No había contexto. El número, cuando Curiel lo buscó esa tarde, correspondía a un teléfono prepago comprado en una tienda del norte de la ciudad tres días antes.

Podía ser Fuentes. Podía ser el canal de Curiel, que quizás había obtenido más información de la que había pasado en el mensaje. Podía ser alguien más cuya identidad no alcanzaban a imaginar todavía.

Lo que no podía ser era una coincidencia.

Y a partir de ese momento, todo cambió.

CAPÍTULO 10

Cuando el poder te encuentra

El mensaje anónimo cambió la geometría de todo.

Hasta ese momento habían operado con la ventaja del que no es visto: Orteguita porque nunca lo era, Curiel porque había aprendido a no serlo. Esa ventaja había sido su protección real, más que cualquier estrategia de custodia del audio o cualquier acuerdo con Delcourt.

El poder no los había encontrado porque el poder no los había buscado todavía, porque no sabía que existían como amenaza. Pero el mensaje de las once y veinte decía que eso había cambiado.

Curiel lo procesó con la rapidez de quien ha estado en situaciones de ese tipo y sabe que el primer error es quedarse quieto cuando hay que moverse.

—Necesitamos salir del departamento hoy —dijo, con la misma calma con que habría dicho que necesitaban comprar café.

—¿A dónde?

—A ningún lugar fijo. Nos movemos. Hoteles distintos cada noche, pagados en efectivo. Sin tarjetas, sin nombres reales donde sea posible. —Miró a Orteguita—. ¿Tienes efectivo?

—Algo.

—Necesitas más. Saca lo que puedas del cajero hoy, antes de que cierren los bancos. Después de hoy no uses ninguna tarjeta para nada que tenga que ver con dónde estamos.

Orteguita asintió. Era un mundo completamente ajeno a su experiencia cotidiana, el de los movimientos discretos y los pagos en efectivo y los hoteles sin nombre real, pero la lógica era simple y la lógica siempre le había resultado accesible independientemente del contexto.

Pasaron la tarde ejecutando esa transición con la meticulosidad que la situación requería. Orteguita fue al cajero de su banco de siempre, sacó el máximo permitido, y siguió caminando sin detenerse a mirar si alguien lo seguía, que era la instrucción de Curiel: no mirar hacia atrás porque mirar hacia atrás delata que sabes que te siguen.

Curiel, mientras tanto, deshizo el improvisado campamento del departamento de la colonia Guerrero, guardando todo lo que había que guardar y borrando todo lo que había que borrar, con la eficiencia de quien ha recogido campamentos en condiciones más difíciles que esa.

Se reunieron a las seis de la tarde en el vestíbulo de una tienda departamental de la avenida Insurgentes, que era un lugar donde la gente se junta naturalmente y donde dos hombres esperando no llaman la atención de nadie. Curiel llegó primero. Orteguita llegó cinco minutos después desde el otro extremo del vestíbulo.

—Vi a alguien —dijo Orteguita, sin detenerse del todo, siguiendo el paso como si fuera a los aparadores.

—¿Dónde?

—En la esquina de mi calle cuando salí. Un hombre en un coche estacionado que no estaba ahí esta mañana. Coche oscuro. No alcancé a ver las placas.

—¿Te siguió?

—No lo sé. Tomé el metro en Insurgentes en lugar de caminar directo aquí. Si me siguió al metro lo perdí en el transbordo de Balderas.

Curiel procesó eso.

—Bien. Eso nos da margen. Vamos.

Esa noche durmieron en un hotel de paso de la colonia Doctores cuyo letrero de neón parpadeaba con la intermitencia de algo a punto de fundirse definitivamente. No era el tipo de lugar donde Orteguita habría elegido hospedarse en ninguna otra circunstancia de su vida, pero tenía la virtud de no pedir identificación a quien pagaba en efectivo por adelantado, y esa virtud valía más que cualquier comodidad esa noche.

El cuarto tenía dos camas, una televisión de tubo que nadie encendió, y un baño cuya ducha producía agua caliente con una inconsistencia que obligaba a calibrar la temperatura cada treinta segundos. Orteguita se duchó de todas formas, porque la ducha era uno de los pocos rituales que lo anclaban a una normalidad que esa noche se sentía muy lejos.

Curiel llamó a sus contactos desde el teléfono prepago mientras Orteguita intentaba dormir. Las llamadas eran cortas y en clave, del tipo de conversaciones que suenan inocentes si alguien las intercepta pero que transmiten información real entre personas que comparten un código acumulado en años de trabajo conjunto.

Lo que obtuvo de esas llamadas lo fue construyendo en su libreta mientras Orteguita dormía finalmente, con ese sueño exhausto que llega cuando el cuerpo decide que ya no puede sostener la tensión más tiempo.

A las dos de la mañana, Curiel cerró la libreta. Tenía suficiente para entender lo que estaba pasando.

Aristas había recibido el mensaje. Y en lugar de aceptar la situación como el empate que era, había decidido que podía encontrarlos antes de que el escudo funcionara. Era un error de cálculo, pero era el tipo de error que cometen los hombres acostumbrados a resolver sus problemas de manera directa, con recursos y sin consecuencias: la soberbia de quien ha eliminado antes y no entiende por qué esta vez habría de ser diferente.

Lo que Aristas no sabía, o no había procesado correctamente, era que el dispositivo ya estaba en manos de Delcourt. Que el escudo ya existía. Que encontrarlos y hacerles daño no deshacía el material sino que lo activaba.

Eso significaba que tenían un margen. Estrecho, pero real.

Al día siguiente, Orteguita fue a la oficina. Era la decisión más contraintuitiva posible en esas circunstancias, y por eso mismo era la correcta: desaparecer del trabajo habría generado una anomalía visible, una ausencia que cualquiera que los estuviera monitoreando habría registrado como una señal de que sabían que los buscaban.

Orteguita apareció a su hora habitual, con su termo, con su abrigo, con los lentes ligeramente bajados sobre la nariz, y se sentó frente a su pantalla como todos los días.

Lo que no hizo fue pasar por el despacho del Lic. Fuentes. No porque no quisiera sino porque Fuentes le había pedido que no lo involucrara, y esa petición seguía en pie con mayor urgencia que nunca.

A las once de la mañana, cuando bajó al segundo piso a servirse un café que no necesitaba pero que le daba una razón para alejarse de su cubículo unos minutos, vio por el rabillo del ojo a un hombre en el vestíbulo principal que no reconoció pero cuya actitud le resultó incongruente: estaba de pie sin moverse, sin teléfono en la mano, sin ningún objeto ni tarea aparente, mirando el tablero de información del edificio con una concentración que ningún tablero de información de ninguna dependencia pública merece.

Orteguita siguió caminando hacia la cafetera. Se sirvió el café. Regresó a su cubículo por la escalera trasera, que tardaba más pero pasaba lejos del vestíbulo.

Le envió un mensaje a Curiel desde el teléfono prepago: *Hay alguien en el edificio. No reconocido. Vestíbulo principal.*

La respuesta llegó en dos minutos: *No salgas por la entrada principal al terminar. Hay una salida por el estacionamiento interno. Te espero en la calle de atrás a las 6.*

Orteguita pasó las siguientes horas trabajando. No podía hacer otra cosa. Procesó expedientes con una concentración que en otras circunstancias le habría parecido imposible de sostener, pero que esa tarde descubrió que era perfectamente posible cuando la alternativa era pensar en el hombre del vestíbulo y en lo que su presencia significaba.

A las cinco cincuenta salió del cubículo con el mismo paso de siempre, el termo bajo el brazo, el abrigo sobre el hombro. Bajó por las escaleras traseras, cruzó el pasillo del sótano que olía a humedad y a papel viejo, empujó la puerta metálica que daba al estacionamiento interno, y caminó hacia la salida vehicular con la naturalidad de alguien que ha tomado ese camino muchas veces, aunque era la primera.

En la calle de atrás, estacionado a media cuadra, estaba un coche que no conocía. Curiel estaba al volante.

Arrancaron antes de que Orteguita terminara de cerrar la puerta.

—¿Nos siguen? —preguntó Orteguita.

—Todavía no. Pero van a saber que saliste por atrás. Eso les dice que lo sabes.

—¿Y eso es malo?

—Depende. Si son inteligentes, entenderán que perseguirnos activa el dispositivo y se detendrán. Si no son inteligentes, seguirán de todas formas.

—¿Tú qué crees?

Curiel dobló a la derecha en una calle que Orteguita no reconoció, luego a la izquierda, luego de nuevo a la derecha, con el patrón de quien sabe que los cambios de dirección frecuentes hacen más difícil el seguimiento en zona urbana.

—Creo que Aristas es inteligente pero que en este momento está operando desde el miedo, y el miedo hace torpe a la gente inteligente.

Pasaron la noche en otro hotel de la misma categoría que el anterior, esta vez en la colonia Guerrero, a tres cuadras del departamento que habían abandonado pero en la dirección opuesta a donde cualquiera que conociera los movimientos habituales de Orteguita habría buscado.

Era una lógica de ocultamiento que Curiel ejecutaba con la naturalidad del hábito y que Orteguita seguía con la docilidad de quien entiende que en este territorio la experiencia del otro vale más que la propia.

A las once de la noche, cuando el hotel estaba quieto y la calle afuera había bajado a su ruido mínimo de madrugada, Curiel recibió una llamada en el prepagado. Habló menos de dos minutos. Cuando colgó se quedó mirando el teléfono un momento antes de hablar.

—Era el canal —dijo—. El mensaje llegó más arriba de Aristas.

Orteguita lo miró.

—¿Cuánto más arriba?

—Lo suficiente para que la decisión ya no sea de Aristas.

Los dos entendieron lo que eso significaba sin necesidad de decirlo. El poder había recibido el mensaje y estaba evaluando sus opciones. Y cuando el poder evalúa sus opciones en una situación de este tipo, las personas que están en el medio dejan de ser el problema principal y se convierten en una variable dentro de un problema más grande.

Eso podía ser bueno. O podía ser otra cosa.

No había manera de saberlo esa noche. Habría que esperar a que el poder decidiera, y esperar era lo único que podían hacer.

Orteguita apagó la lámpara de su lado. En la oscuridad del cuarto, con el ruido sordo del tráfico de la colonia Guerrero filtrándose por la ventana mal sellada, pensó en Julia de los Santos Olea.

En lo que había sentido ella en alguna noche parecida a esta, esperando que el peligro que había desatado sin querer se resolviera de alguna manera que no la destruyera.

Para Julia no se había resuelto así.

Para él, todavía no lo sabía.

Cerró los ojos. Y esperó que amaneciera.

Lo que nadie les había dicho, porque nadie podía saberlo todavía, era que mientras ellos esperaban en ese cuarto de hotel de la colonia Guerrero, en otra parte de la ciudad alguien también estaba esperando.

Esperando una decisión que tampoco dependía de él sino de alguien más arriba, en esa cadena de mando invisible donde las órdenes bajan sin firma y las consecuencias suben sin nombre.

Aristas Góngora llevaba dos días recibiendo mensajes contradictorios. Por un lado, sus propios operadores le decían que los dos hombres eran localizables, que era cuestión de tiempo y de recursos, que el problema podía resolverse de la manera en que él había resuelto otros problemas antes.

Por el otro, había recibido esa mañana una comunicación cuyo tono no admitía ambigüedad: que se detuviera, que esperara instrucciones, que no tomara ninguna acción adicional hasta recibir indicaciones específicas.

Esa comunicación no venía de sus propios operadores. Venía de más arriba. Y cuando algo venía de más arriba con ese tono, Aristas sabía, por experiencia acumulada en años de navegar esas aguas, que el margen de desobediencia era exactamente cero.

Pero esperar no era su naturaleza. Y la espera, en esta situación, se sentía como una trampa cuyas paredes se iban acercando despacio.

Lo que Aristas no podía ver desde donde estaba, y que Orteguita y Curiel tampoco podían ver desde donde estaban, era que la decisión que se estaba tomando arriba de los dos no era sobre ellos. Era sobre Aristas.

El poder, cuando evalúa sus opciones frente a una amenaza, no piensa en términos de personas sino en términos de costos y beneficios. Y en ese cálculo, Aristas Góngora había pasado de ser un activo a ser un pasivo en el tiempo exacto que le tomó al mensaje subir la cadena y llegar a quienes tenían que recibirlo.

Esa noche, mientras Orteguita miraba el techo del hotel y pensaba en Julia, alguien en algún piso de algún edificio de la Ciudad de México estaba tomando una decisión que cambiaría el curso de todo lo que seguía.

Pero eso Orteguita no lo sabría hasta el día siguiente. Por ahora solo tenía el techo, el ruido sordo de la calle, y la espera.

Y la espera, cuando uno ha hecho todo lo que podía hacer, tiene su propia forma de paz.

No tranquilidad.

No certeza.

Pero sí algo que se le parece lo suficiente como para permitir que el cuerpo descanse mientras la mente sigue trabajando en sordina, procesando datos que todavía no tiene, construyendo escenarios para contingencias que todavía no se han presentado, haciendo lo que un estadígrafo hace incluso cuando duerme: buscando el patrón en el ruido, la señal en la estática, la lógica en lo que todavía no tiene forma.

Se durmió antes de la una.

Y no soñó con nada.

CAPÍTULO 11

El escudo invisible

La mañana llegó con la claridad fría de los días que no tienen intención de ser amables. Orteguita se despertó antes de que sonara la alarma del teléfono prepagado que había puesto en la mesita de noche, con esa vigilia anticipada que no es descanso sino la continuación del estado de alerta con los ojos abiertos. Curiel ya estaba sentado en su cama con la libreta sobre las rodillas, escribiendo algo con la letra pequeña y apretada que Orteguita reconocía como la de quien trabaja en la madrugada cuando no puede dormir.

—¿Cuándo te despertaste? —preguntó Orteguita.

—No me dormí del todo.

No lo dijo como queja sino como información. Curiel era de los que procesaban el peligro con el sueño encendido, y Orteguita había aprendido en estos días que eso no era un defecto sino un mecanismo: la mente que no puede descansar porque está trabajando en algo que el estado de vigilia no termina de resolver.

—¿Qué tienes?

Curiel giró la libreta para que pudiera ver la página. Era un diagrama de flujo dibujado a mano, con nombres en algunos nodos y signos de interrogación en otros, con flechas que conectaban decisiones con consecuencias posibles. En el centro del diagrama, rodeado de flechas que llegaban desde todos los ángulos, había un rectángulo con una sola palabra: *Aristas*.

—Pasé la noche pensando en cómo termina esto —dijo Curiel—. Y hay una cosa que no hemos considerado suficientemente.

—¿Cuál?

—Que el poder no tiene incentivo de protegernos. Tiene incentivo de resolver el problema. Y nosotros somos parte del problema, no la solución.

Era una distinción que Orteguita había entendido desde el principio de manera abstracta pero que esa mañana, con la claridad que da haber dormido mal en un cuarto de hotel con el ruido de la colonia Guerrero

filtrándose por la ventana, adquiriría una concreción que le resultó incómoda en la boca del estómago.

—Lo que el poder necesita —continuó Curiel— no es que nos quedemos callados. Lo que necesita es que el problema completo desaparezca de manera que no deje rastro de que existió. Y eso incluye a Aristas, que ya es un pasivo. Pero también podría incluirnos a nosotros si creen que somos un riesgo residual después de que Aristas desaparezca.

—¿Y el dispositivo?

—El dispositivo nos protege mientras el poder crea que publicarlo sería más dañino que tolerarnos. Pero si el poder encuentra una manera de neutralizar el dispositivo, o de desacreditar su contenido, o de construir una narrativa que lo haga irrelevante, dejamos de ser intocables.

Orteguita procesó eso.

—Entonces necesitamos hacer el dispositivo más sólido —dijo.

—Exacto. Y para eso necesitamos que Delcourt sepa un poco más de lo que sabe ahora.

Era una modificación de los términos originales del acuerdo, y ambos lo sabían. Habían depositado el material bajo la condición de que Delcourt no conociera su contenido. Pero la condición había sido diseñada para protegerlos de que el medio tuviera incentivos propios de publicar. No había sido diseñada para la situación en que el poder encontrara una manera de rodear el escudo.

Llamaron a Delcourt desde el prepagado. Les recibió en la corresponsalía esa misma mañana, en una sala de reuniones pequeña con las persianas bajas que olía a papel y a café que llevaba horas en la cafetera.

Orteguita habló. Le explicó, con la precisión que le era propia, cuál era el contenido del dispositivo: no los detalles específicos del audio, no los nombres, no los montos, pero sí la naturaleza de lo que contenía y el nivel institucional de las personas implicadas. Le explicó también la situación en que se encontraban: que habían sido localizados, que el poder estaba evaluando sus opciones, y que necesitaban que la custodia del material tuviera suficiente peso como para que atacarlos resultara claramente más costoso que tolerarlos.

Delcourt escuchó con la misma atención pesante de la reunión anterior. Cuando Orteguita terminó, guardó silencio un momento que no fue de duda sino de cálculo.

—Si lo que me describen es lo que creo que es —dijo finalmente—, el material tiene valor periodístico independientemente de las circunstancias en que fue obtenido. Lo que me están pidiendo es que yo sirva de garantía de que no lo publicaré mientras ustedes estén a salvo. Eso es lo contrario de lo que normalmente haría con material de este tipo.

—Lo sabemos —dijo Curiel—. Por eso se lo estamos pidiendo a usted y no a otro.

Delcourt miró a Orteguita.

—¿Por qué a mí específicamente?

—Porque usted lleva doce años en este país —dijo Orteguita— y sabe exactamente cómo funciona. Y porque si algo nos pasa, usted va a querer publicarlo de todas formas. Nosotros solo estamos formalizando ese instinto.

Delcourt consideró eso con la expresión de quien evalúa un argumento que le resulta incómodo precisamente porque es correcto.

—Hay una condición adicional que necesito —dijo finalmente.

—Dígala.

—Si en algún momento ustedes deciden publicar el material por sus propios medios, o si lo filtran a otro medio sin pasar por mí, el acuerdo se termina y yo quedo libre de publicar lo que tengo independientemente de su situación. No puedo ser el garante de un material que se usa de manera que no controlo.

Era una condición razonable y los dos lo sabían.

—Aceptado —dijo Orteguita.

—Entonces estamos de acuerdo. —Delcourt se levantó, les extendió la mano a los dos—. Y ahora váyanse de aquí antes de que alguien los vea entrar dos veces en la misma semana.

Salieron a la calle por entradas separadas con un intervalo de cinco minutos. Orteguita esperó en una cafetería a media cuadra hasta que Curiel apareció por la puerta y se sentó frente a él sin pedir nada.

—¿Qué sigue? —preguntó Orteguita.

—Esperar que el mensaje llegue correctamente —dijo Curiel—. Y mientras esperamos, tú vuelves al trabajo mañana y yo sigo monitoreando desde afuera. Normalidad total. Que el poder vea que no estamos huyendo.

—¿No estamos huyendo?

—Ya no. Ya hicimos lo que había que hacer. Ahora el escudo existe y el poder lo sabe. Huir sería una señal de debilidad que podría tentarlos a recalcular.

Orteguita asintió. La lógica era correcta aunque la aplicación fuera difícil: volver a sentarse frente a la pantalla en su cubículo sabiendo que había un hombre en el vestíbulo que no estaba ahí para procesar expedientes requería un tipo de disciplina que no era exactamente valentía sino algo más parecido a la convicción de que no había otra opción.

Esa noche durmieron en otro hotel, el tercero en tres noches, esta vez en la colonia Santa María la Ribera donde Curiel tenía un contacto que le dio un cuarto sin hacer preguntas. Era mejor que los anteriores: tenía ventanas que cerraban bien y una cama que no crujía con cada movimiento.

Orteguita se acostó y miró el techo en la oscuridad.

Pensó en Fuentes, que había dicho que avisaría si veía que algo se movía en su dirección. No había avisado nada desde la conversación en su despacho, lo

cual podía significar que no había nada que avisar o que lo que se estaba moviendo no era visible desde donde él estaba. Cualquiera de las dos posibilidades era manejable.

Pensó en Ernesto Villanueva Cork, que en este momento seguía viviendo su vida ordinaria sin saber que el archivo que había extraído de un servidor canadiense estaba en el centro de una situación que involucraba al Secretario Particular del Secretario de Gobernación y al líder de un cártel capitalino. Esa ignorancia era su protección, y Orteguita había tenido el cuidado de no darle más información de la necesaria precisamente por eso.

Pensó en don Refugio Méndez, vendiendo jitomates en su esquina de San Miguel de Allende sin saber que la conversación que había tenido con un desconocido sobre una señora que compraba verdura los martes y los viernes había sido la grieta por donde había entrado todo lo que siguió.

Y pensó en Julia. Como casi todas las noches desde que esto empezó, pensó en Julia.

No en su expediente, no en su fotografía sonriendo en la fiesta, sino en ella como persona: en los veinticuatro años que había vivido antes de que una decisión impulsiva en un call center de campaña la convirtiera en un problema que el poder necesitaba resolver. En lo que habrá sentido cuando se dio cuenta de que la estaban buscando. En si había tenido tiempo de entender por qué.

Al día siguiente volvió a la oficina.

El hombre del vestíbulo no estaba.

Eso podía significar muchas cosas. Orteguita eligió interpretarlo como la primera señal, todavía tenue y no verificable, de que el escudo estaba funcionando. No lo celebró. No cambió nada en su comportamiento. Procesó expedientes, tomó café de la cafetera del segundo piso, saludó a sus compañeros con la cordialidad automática de siempre.

A las cuatro de la tarde recibió un mensaje en el prepagado. Era de Curiel, y decía solo cuatro palabras: *El canal confirmó. Recibido.*

Orteguita leyó el mensaje dos veces. Lo borró. Guardó el teléfono en el bolsillo.

Y siguió trabajando.

Lo que el mensaje de Curiel confirmaba era que el poder había recibido y procesado la información sobre el dispositivo en manos de Delcourt y sobre las condiciones bajo las cuales permanecería inédito. El canal no daba detalles sobre cómo había reaccionado quien lo recibió, ni sobre qué decisiones estaban tomándose en consecuencia. Pero el hecho de que confirmara la recepción sin ninguna señal de alerta adicional era en sí mismo una información: el poder estaba pensando, y mientras pensaba no estaba actuando.

Esa noche Curiel explicó lo que había deducido de sus conversaciones del día.

—El poder tiene ahora un problema diferente al que tenía antes —dijo, sentado a la mesa del cuarto de hotel con la libreta abierta pero sin escribir, lo cual en él era una señal de que estaba en modo de análisis y no de registro—. Antes el problema éramos nosotros y el material que podíamos tener. Ahora el material está depositado en un lugar que no pueden tocar sin consecuencias, y nosotros somos el mecanismo de activación. Atacarnos activa el material. Dejar el material activo es un riesgo permanente. La única solución que no tiene costo es resolver el problema desde la fuente.

—Aristas —dijo Orteguita.

—Aristas. Si Aristas desaparece como amenaza, el material que tenemos pierde parte de su fuerza detonadora. No toda, porque las voces en el audio incluyen a Santibáñez, que no es Aristas. Pero sí la suficiente para que el poder pueda construir una narrativa de control que contenga el daño.

—¿Y nosotros?

—Si Aristas cae de una manera que el poder controla, y si esa caída viene acompañada de la narrativa correcta, ya no somos un problema. Somos testigos de algo que el propio poder ya reveló. No pueden atacar a quien sabe lo mismo que ellos ya dijeron públicamente.

Orteguita lo pensó.

—Es un empate —dijo.

—Es el mejor empate posible dado lo que teníamos al empezar —dijo Curiel—. No es justicia. Pero es supervivencia. Y en este país, a veces la supervivencia es lo más parecido a la victoria que uno puede aspirar.

No había nada que agregar a eso. Era una verdad incómoda dicha con la precisión de quien la ha verificado en carne propia, y Orteguita la recibió con el silencio que merecía.

Se acostó pensando que en algún punto de los días o semanas siguientes algo iba a moverse. Que el equilibrio que habían construido con tanto cuidado era por naturaleza inestable, y que su resolución no dependía de ellos sino del cálculo que el poder estaba haciendo en algún lugar al que no tenían acceso.

Lo único que podían hacer era seguir siendo lo que habían sido todo el tiempo: invisibles donde convenía, presentes donde era necesario, y absolutamente consistentes en el único compromiso que les había dado cualquier protección real.

El compromiso de no ceder. De no desaparecer. De seguir existiendo con la misma obstinación silenciosa con que Julia de los Santos Olea había existido hasta que alguien decidió que ya no debía.

Esa obstinación era lo único que tenían.

Y resultó ser suficiente.

CAPÍTULO 12

El chivo expiatorio y el precio de la impunidad

La noticia llegó un martes por la mañana, diecisiete días después de que Orteguita y Curiel depositaran el dispositivo en manos de Delcourt.

Orteguita la leyó en la pantalla de su computadora, en su cubículo, con el termo de café al lado y el cactus a su derecha y el archivero metálico de cuatro cajones a su izquierda, exactamente como lo había leído todo en ese cubículo durante veinticinco años.

El encabezado del portal de noticias decía lo que decía con la solemnidad de las revelaciones que han sido cuidadosamente preparadas para sonar espontáneas: *Gobierno federal detecta irregularidades graves en campaña de diputado Aristas Góngora; presuntos vínculos con crimen organizado.*

Leyó la nota completa dos veces. Luego abrió tres portales más para leer las versiones de cada uno, que eran casi idénticas porque todas bebían de la misma fuente, que era el comunicado oficial de la Secretaría de Gobernación emitido esa mañana a las siete con cuarenta y dos minutos, antes de que la mayoría de los periodistas hubiera encendido la computadora.

El comunicado era un ejercicio impecable de control narrativo. Decía que investigaciones internas habían detectado anomalías en el financiamiento de la campaña del diputado Aristas Góngora, incluyendo presuntos depósitos de origen ilícito que apuntaban a vínculos con organizaciones criminales.

Decía que en virtud de esos hallazgos se habían iniciado las diligencias legales correspondientes y que se había notificado al diputado de los cargos en su contra. Decía que el diputado, al ser informado, había abandonado su domicilio sin dar aviso y que en el curso de las acciones de localización había sufrido un accidente de tránsito en la carretera federal México-Querétaro que le había costado la vida.

Decía también, en el penúltimo párrafo, que el gobierno lamentaba profundamente este desenlace y que las investigaciones continuarían para determinar el alcance completo de las irregularidades detectadas, las cuales en ningún caso comprometían la integridad del proceso electoral ni de las instituciones democráticas del país.

El último párrafo expresaba condolencias a la familia.

Orteguita leyó ese comunicado con la misma atención metódica con que leía cualquier documento, identificando lo que decía, lo que no decía, y la distancia entre ambas cosas. Lo que decía era que Aristas había sido expuesto y había muerto huyendo. Lo que no decía era quién lo había expuesto, cómo habían llegado a esa información, por qué las investigaciones habían comenzado en ese momento específico y no antes, y qué había pasado exactamente en esa carretera federal que había resultado tan conveniente para todos los involucrados salvo para el propio Aristas.

Lo que no decía era, también, cualquier mención de Santibáñez, cuya voz estaba en el audio con la misma claridad que la del hombre al que llamaba por un apodo de una sola sílaba. Lo que no decía era cualquier

reconocimiento de que una mujer de veinticuatro años llamada Julia de los Santos Olea había existido y había sido el origen involuntario de todo lo que había seguido. Lo que no decía era la verdad, en ninguna de sus dimensiones esenciales.

Pero lo que sí decía era suficiente para que el escudo dejara de ser necesario. Sacó el teléfono prepago del bolsillo. Le mandó un mensaje a Curiel: *Ya lo viste.*

La respuesta llegó en menos de un minuto: *Ya fue.*

Dos palabras que contenían todo lo que había que decir sobre lo que acababa de pasar y sobre lo que significaba para los dos. No victoria, porque nada de lo que había ocurrido se parecía a una victoria en ningún sentido que mereciera el nombre. No derrota, porque seguían vivos y seguían sabiendo lo que sabían.

Algo intermedio y más honesto que cualquiera de los dos términos: el reconocimiento de que el proceso había llegado a su conclusión posible, que no era la conclusión justa sino la conclusión real, y que en este país esa distinción era tan antigua y tan profunda que ya ni siquiera causaba sorpresa.

A las once de la mañana, Orteguita bajó al segundo piso. Se sirvió un café de la cafetera que producía café apenas tolerable. Bebió la mitad de pie, mirando por la ventana que daba al estacionamiento interior, donde un empleado de mantenimiento barría las hojas secas que el viento había acumulado en una esquina.

Subió de regreso. Antes de llegar a su cubículo se detuvo frente al despacho del Lic. Fuentes. La puerta estaba entornada. Tocó el marco.

Fuentes levantó los ojos. Los dos se miraron durante un segundo que no necesitó ninguna palabra para contener todo lo que había pasado entre ellos en las semanas anteriores: la orden, la desobediencia, el café a dos cuadras con las voces bajas, el pacto tácito de la no-involucración que Fuentes había cumplido y que Orteguita había respetado.

—Buenos días, licenciado —dijo Orteguita.

—Buenos días, Orteguita —dijo Fuentes.

Y eso fue todo. Orteguita siguió caminando hacia su cubículo. Fuentes volvió a su pantalla. La puerta entornada siguió entornada.

Esa tarde, antes de salir, Orteguita abrió el sistema de la CNB y buscó el registro de Julia de los Santos Olea. Seguía ahí, en el único sistema donde había sobrevivido a todos los intentos de borrarla: el sistema de la Comisión Nacional de Búsqueda, folio CNB-2026-00012345, nombre completo, edad, descripción física, fotografía de la fiesta donde sonreía sin saber que sería la última.

El estatus seguía marcado como activo. Nadie había vuelto a pedir que lo borrarán. Nadie lo resolvería tampoco, porque resolver un caso requería encontrar a la persona o encontrar su cuerpo, y ninguna de las dos cosas iba

a suceder en este caso, no de manera oficial, no de ninguna manera que el sistema pudiera procesar y archivar con la notación correspondiente.

Orteguita actualizó el estatus del expediente con la única anotación que podía hacer honestamente, la que el sistema le permitía sin comprometer nada ni a nadie ni exigir una resolución que no existía: *Caso en seguimiento. Sin resolución.*

Guardó el cambio. Cerró la ventana.

Apagó la computadora. Recogió el termo. Revisó que el cactus no necesitara agua, que nunca la necesitaba. Se puso el abrigo.

Salió del cubículo, bajó las escaleras, cruzó el vestíbulo. El hombre que había estado en el vestíbulo hacía dos semanas no estaba. No había nadie que no debiera estar. Era un martes ordinario en las oficinas de la Comisión Nacional de Búsqueda, con sus expedientes y sus protocolos y sus compañeros que le pedían favores y lo apreciaban por interés y lo llamaban Orteguita con el cariño automático reservado para las personas a quienes no se piensa demasiado.

En la calle lo llamó Curiel.

—¿Cómo estás? —preguntó Curiel, que era la primera vez que le hacía esa pregunta desde que empezó todo.

Orteguita lo pensó con honestidad antes de responder, porque era la clase de pregunta que merecía honestidad.

—Bien —dijo—. Raro. Pero bien.

—¿Quieres tomar un café?

—El de la oficina ya lo tomé.

—Uno bueno —dijo Curiel—. En un lugar que no huela a papel húmedo.

Orteguita sonrió. Era la primera vez que sonreía en semanas de una manera que no era la sonrisa automática de la cordialidad de pasillo sino una sonrisa real, de esas que ocurren sin que uno las planifique.

—Sí —dijo—. Un café bueno.

Se encontraron en una cafetería de la colonia Juárez que tenía mesas en la banqueta y una cafetera italiana que producía expresos con la seriedad que el asunto merecía. Pidieron los dos lo mismo sin consultarse, que era una de esas pequeñas coincidencias que no significan nada pero que en el momento se sienten como algo.

Hablaron poco. No había mucho que decir que no hubiera sido ya dicho o pensado. Hablaron del tiempo, que ese día era agradable. Hablaron de una película que Curiel había visto en el hotel durante las noches de espera y que Orteguita no conocía. Hablaron de cosas que no tenían nada que ver con Julia ni con Aristas ni con Santibáñez ni con ninguno de los nombres que habían ocupado sus cabezas durante semanas.

Era un alivio extraño. El tipo de alivio que no es alegría sino ausencia de tensión, y que después de tanto tiempo con tensión se siente casi igual que la alegría.

Cuando terminaron el café, Curiel dejó el dinero en la mesa y se levantó.

—Me voy a Guanajuato mañana —dijo—. Tengo casos atrasados.

—¿Casos de verdad? —preguntó Orteguita.

—Personas reales que necesitan ser encontradas —dijo Curiel—. Como siempre.

Se estrecharon la mano. Curiel se fue por la banqueta en dirección al metro. Orteguita se quedó sentado en la mesa un momento más, con la taza vacía frente a él y el sol de la tarde dando en el lado derecho de su cara.

Pensó en Julia una última vez. No con el peso de las noches de hotel ni con la urgencia de los días de búsqueda, sino con la quietud de quien recuerda a alguien que ya no está y a quien no podrá olvidar.

Julia de los Santos Olea había existido. Había escuchado algo que no debía escuchar y lo había grabado por un impulso que no supo calcular. Había pagado ese impulso con su vida, en algún lugar que nadie iba a encontrar, en algún momento que nadie iba a poder fijar con precisión en ningún expediente.

Su asesino había muerto en una carretera federal de una manera que el poder había administrado con la eficiencia de quien lleva décadas resolviendo sus problemas de esa manera. Los hombres que habían dado las órdenes seguían en sus despachos, seguían firmando documentos, seguían dando conferencias de prensa donde la palabra transparencia aparecía con una regularidad que ya no causaba ni ironía.

Nada de lo que había pasado era justo. Todo lo que había pasado era real.

Y en el único sistema donde Julia seguía existiendo, el folio CNB-2026-00012345 permanecía abierto con su fotografía y su descripción y su estatus de caso sin resolución, esperando con la paciencia infinita de los expedientes que nadie cierra porque cerrarlos requeriría admitir que no se encontró nada, y admitir que no se encontró nada requeriría haber buscado, y buscar requeriría creer que la búsqueda importa.

Orteguita creía que importaba.

Era, al final, lo único que lo distinguía del sistema en el que llevaba veinticinco años trabajando.

Se levantó. Dejó una propina generosa porque el café había sido bueno y eso merecía reconocimiento. Caminó hacia el metro con el abrigo sobre el hombro y las manos en los bolsillos, como cualquier martes, como todos los martes anteriores y los que vendrían.

Nadie en la calle lo miró.

Nadie en la calle sabía lo que cargaba.

Eso, pensó Onésimo Ortega y Mondragón mientras bajaba las escaleras del metro, era exactamente lo que lo había mantenido vivo.

Y por primera vez en mucho tiempo, esa invisibilidad no le pesó.

Esa noche, de regreso en su departamento de la colonia Guerrero, Orteguita hizo algo que no había hecho desde que empezó todo esto: abrió el cajón del buró y sacó la fotografía de él y Sergio, la de la navidad de principios de los dos mil con los padres todavía vivos y la familia todavía intacta.

La puso sobre la mesita de noche en lugar de guardarla de vuelta en el cajón. No sabía bien por qué. Quizás porque en las semanas que habían pasado desde que esto empezó había pensado en Sergio con una frecuencia que no le era habitual, y esa frecuencia le había dicho algo que no había sabido articular hasta ese momento.

Lo que había buscado para Julia no era lo que el sistema no había buscado para Sergio. No exactamente. Las circunstancias eran distintas, los mecanismos eran distintos, incluso el tipo de invisibilidad era distinto: Sergio había sido invisible porque era un joven pobre con problemas de adicción en un país donde eso equivalía a ser desechable. Julia había sido invisible porque alguien con poder había decidido fabricar su invisibilidad activamente.

Pero el resultado era el mismo. Y la persona que se negaba a aceptar ese resultado también era la misma.

No era reparación, lo que había hecho en estas semanas. No era justicia. No era ni siquiera consuelo. Era solo la negativa obstinada de un estadígrafo de mediana edad a dejar que un número desapareciera del sistema sin que nadie se preguntara por qué.

Era poco. Era todo lo que tenía.

Se acostó con la fotografía en la mesita de noche y la luz apagada. Afuera, la colonia Guerrero hacía su ruido nocturno de siempre: el camión que pasaba tarde, las voces desde alguna ventana, el perro que ladraba sin motivo aparente en algún patio invisible.

Orteguita cerró los ojos.

Y durmió, por primera vez en semanas, con la tranquilidad imperfecta y suficiente de quien ha hecho lo que podía hacer y sabe que mañana habrá más expedientes esperando en la cola, más nombres que alguien tiene que registrar con cuidado, más personas cuya existencia depende de que alguien en algún cubículo de alguna dependencia federal decida que importan lo suficiente como para ser escritas correctamente en un sistema que las mayoría de las veces las olvida.

Mañana seguiría siendo Orteguita.

Y eso, descubrió esa noche, era suficiente.

EPÍLOGO

El poder gana. El poder pierde. El poder continúa.

El poder ganó.

No hay manera honesta de decirlo de otra forma. El presidente siguió en su cargo. El Secretario de Gobernación siguió en el suyo. El Secretario Particular cuya voz aparecía en un audio que nadie publicó siguió despachando desde la misma oficina, firmando los mismos documentos, apareciendo en las mismas fotografías protocolarias donde los trajes están bien planchados y las sonrisas están bien calibradas.

El líder del Cártel de Tepito siguió operando desde la impunidad que le garantizan exactamente los pactos que una muchacha de veinticuatro años escuchó por accidente en un call center de campaña. El financiamiento ilegal de campañas no fue investigado más allá de lo que la narrativa oficial requirió para parecer creíble.

La muerte de Amada Olea García permanece archivada como accidente con conductor no identificado. El cuerpo de Julia de los Santos Olea, si existe en algún lugar que pueda llamarse así, no ha sido encontrado ni será buscado.

El folio CNB-2026-00012345 permanece abierto en el sistema de la Comisión Nacional de Búsqueda con el estatus de caso sin resolución. Es uno entre setenta mil. Es también el único entre esos setenta mil que alguien intentó borrar desde el Secretariado de Gobernación y no lo logró, no porque el sistema lo impidiera sino porque un estadígrafo de mediana edad decidió que no.

Eso no es justicia. Pero es un hecho. Y los hechos, cuando alguien se toma la molestia de registrarlos correctamente, tienen una persistencia que ninguna orden de borrado puede garantizar que sea total.

El poder también perdió.

Tuvo que sacrificar a uno de sus instrumentos más valiosos y más costosos de construir. Emanuel Aristas Góngora había tardado treinta años en acumular la red de relaciones, contratos y lealtades que lo hacían útil para quienes lo usaban, y esa red quedó deshecha en la carretera federal a Querétaro en un accidente que nadie investigará con la misma escasez de diligencia con que no se investigó el atropellamiento de Doña Amada en la calle Artemisa de San Miguel de Allende.

El paralelismo no es casual. Es el método. El mismo método aplicado hacia arriba y hacia abajo de la cadena, con la consistencia perturbadora de quien ha perfeccionado una técnica a lo largo de décadas.

Tuvo también que revelar, aunque de manera parcial y controlada, una fracción de su propia podredumbre. El comunicado de Gobernación que anunció las irregularidades de Aristas fue redactado para contener el daño, no para iluminarlo, pero aun así dejó en el registro público la admisión de que un diputado federal con ambiciones de presidir la Cámara había recibido financiamiento del crimen organizado con el conocimiento de personas cercanas al gobierno.

Esa admisión fue diseñada para ser olvidada rápidamente, y en un país con la capacidad de olvido colectivo que tiene México probablemente lo será. Pero mientras tanto existe, en algún servidor de algún archivo periodístico, con fecha y firma y el peso documental de lo que el propio poder reconoció.

Y tuvo que aceptar, en el silencio que nadie escucha pero que existe, que dos hombres sin recursos, sin armas, sin ninguna clase de poder formal o informal, lo pusieron en una posición de la que solo pudo salir pagando un precio que no tenía previsto pagar.

Un estadígrafo que nadie miraba y un detective sin clientes operaron durante semanas en los márgenes del sistema, acumularon evidencia que el sistema creyó haber destruido, y construyeron un escudo que el poder no pudo desactivar sin activarlo. Eso no aparecerá en ningún comunicado oficial. Pero sucedió. Y las cosas que suceden no dejan de haber sucedido porque nadie las documente.

El poder continúa.

Esa es quizás la verdad más difícil de sostener de las tres, porque implica que todo lo anterior —la ganancia, la pérdida, el sacrificio, la resistencia— ocurre dentro de un sistema que los absorbe y los procesa y sigue funcionando con la misma inercia de siempre. Los gobiernos cambian de nombre y conservan los mecanismos.

Las organizaciones criminales cambian de líderes y conservan las rutas. Las instituciones cambian de titulares y conservan las prácticas. Y los expedientes se acumulan en los SEMEFOS y en las bases de datos de la Comisión Nacional de Búsqueda con la constancia de un país que produce desapariciones con mayor eficiencia de la que produce respuestas.

Pero el poder continúa también en el otro sentido, el que no ocupa los comunicados ni los titulares ni las conferencias de prensa. Continúa en los hombres y mujeres que llegan cada mañana a sus cubículos en las dependencias federales y hacen su trabajo con una honestidad que nadie les pide y que el sistema no premia y que ellos ejercen de todas formas, por razones que no siempre pueden articular pero que tienen que ver con algo más antiguo y más resistente que cualquier instrucción que baje desde arriba.

Continúa en los investigadores privados que toman casos donde la ley no llega y que cobran poco y duermen mal y siguen haciéndolo. Continúa en las criminólogas que buscan personas en el campo cuando el sistema ya las abandonó. Continúa en los vendedores de esquina que recuerdan a sus clientes y hablan con los desconocidos que preguntan por ellas.

Continúa, en suma, en las personas a quienes nadie mira. Que son, en cualquier sociedad y en cualquier momento histórico, más numerosas de lo que el poder calcula cuando decide que puede hacer lo que quiere porque nadie lo está viendo.

El error más viejo del poder es subestimar a los invisibles.

Porque los invisibles ven todo.

Queda una pregunta que esta historia no responde y que ninguna historia de este tipo puede responder del todo:

¿Cuántos Orteguitas hay en México ahora mismo, en este momento en que alguien lee estas páginas, mirando una pantalla con el cursor parpadeando sobre un nombre que alguien quiere borrar?

¿Cuántos están decidiendo, sin saber exactamente por qué, no mover ese cursor?

¿Cuántos están enviando un correo que no les pidieron que enviaran, llamando a un contacto que no debería estar involucrado, guardando en el bolsillo interior del saco una memoria USB con once líneas que son la única prueba de que alguien existió?

No hay manera de saberlo. Los invisibles no se cuentan.

Pero están ahí.

Y mientras estén, el poder no gana del todo.